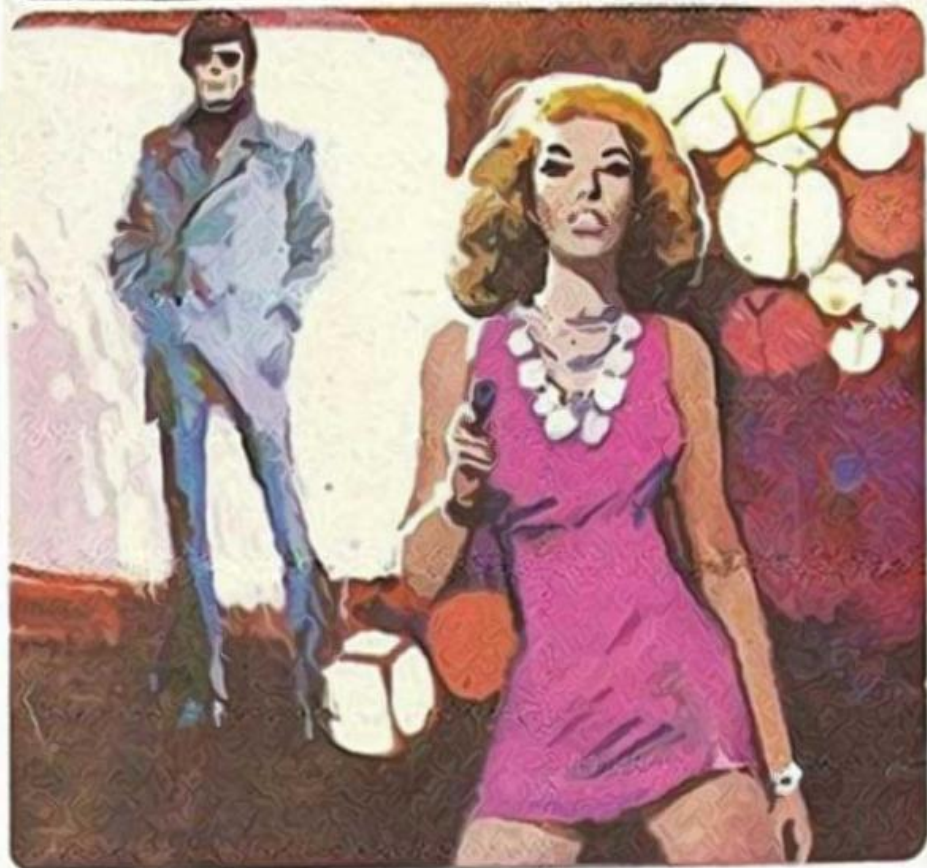


BOLSIBROS BRUGUERA



Lou CARRIGAN

EL ROMPECABEZAS



**COLECCION
LA HUELLA**

eb

LOU CARRIGAN

EL ROMPECABEZAS

Colección LA HUELLA n.º 55
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 35411-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: noviembre, 1975

© Texto: Lou Carrigan - 1975

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974**

CAPÍTULO PRIMERO

Había dos agentes del FBI en el aeropuerto de San Juan de Puerto Rico, los dos pertenecientes a la Delegación de esa ciudad.

Uno de ellos estaba en el bar, bebiendo golosamente, con aire de muchacho sano y sin preocupaciones, una

«coca-cola»

con limón y un chorrito de ron. EL otro estaba en la salida del vestíbulo-bar, cerca de la salida que llevaba a las pistas, fumando y mirando las pantorrillas femeninas con verdadero entusiasmo, con auténtico interés.

Pero ninguno de los dos descuidaba ni un instante el cumplimiento de la misión que les obligaba a estar allí. Los dos estaban muy tostados por el sol, se veían fuertes, de hombros anchos.

El que bebía

«coca-cola»

fue el primero en ver a los tres hombres que estaban esperando, pero no se molestó en hacerle ninguna seña a su compañero de servicio, porque sabía que también él habría visto ya a los tres tipos. Dos de éstos parecían algo más pálidos en comparación con el otro, que, además de estar muy tostado por el sol, incluso más que los dos

«G-men»

era más alto y más fuerte; si acaso, su rostro expresaba menos astucia que el de sus dos acompañantes.

Los altavoces estaban anunciando el vuelo 701, directo de San Juan a Miami. Ni más ni menos que el que tenía que efectuar el hombre moreno y atlético que caminaba entre los dos más pálidos.

Esto lo sabían los dos

«G-men».

Esto, y muchas otras cosas, respecto a los tres hombres que ya estaban saliendo del vestíbulo-bar, camino de la pista desde donde despegaría el aparato del vuelo 701. Lo que no sabían era el contenido del maletín que llevaba el hombre moreno; un maletín más bien grande, sólido, y cuya asa estaba firmemente sujeta entre los dedos de, la mano izquierda del hombre moreno...

Los tres salieron a las pistas. Entonces, el

«G-man»

que estaba fumando, se acercó al que tomaba

«coca-cola»

en el bar. Se acomodó a su lado, miró al camarero, y pidió:

—Café.

—Sí, señor.

El de la

«coca-cola»

sacó un cigarrillo y miró a su compañero.

—Dame fuego, Ernest.

—Seguro, Pete.

Pete fumó, miró el humeante café que el camarero había servido con toda celeridad, y frunció el ceño.

—¡Demonios, Ernest, vas a abrasarte!

—*Lo caliente, cuando hace calor, refresca más que lo frío.*

Pete miró su

«coca-cola»,

fresquita y sabrosa.

—No digas tonterías, hombre —gruñó.

Ernest encogió los hombros.

—¿Qué crees que lleva en el maletín?

—Lo corriente. Y algo más, porque es un maletín que se acerca a las proporciones de una maleta. Desde luego, debe llevar una pistola. Eso hará las cosas más difíciles.

—Los de Miami arreglarán eso, no te preocupes.

—Estoy deseando que esto termine. Daría cualquier cosa por saber qué está planeando Juan Guerrero.

—Yendo acompañado de dos terroristas, nada bueno... Para nosotros, al menos.

—¿Quieres una «coca» fresca? Te invito.

—El café está bien para mí.

—Te vas a abrasar.

—No seas pesado, Pete.

—Hace un calor espantoso. Y ni siquiera estamos en mayo...

—Falta poco...

Los altavoces, anunciaron por última vez, en español y en inglés, la salida del aparato que hacía el vuelo 701, directo a Miami: saldría dentro de dos minutos.

—¡Miami! —suspiró Pete—. ¡Ah, demonios, cómo me gustaría seguir hasta allá a Guerrero!

—En San Juan no se está mal.

Pete miró hoscamente a Ernest. No. No se estaba mal. Pero ¡demonios!, es que Miami...

Ernest comentó:

—Supongo que habrán recibido en Miami la velofoto de Guerrero. Estaría bueno que el tipo llegase allá y nadie le estuviese esperando.

—Tranquilo. No sólo han recibido esa velofoto, sino que nuestro jefe habló con el de la Delegación de allá. Todo está montado. Listo para funcionar.

—Ellos también están funcionando. Me pregunto qué hace Guerrero en San Juan, cuando sus compañeros de rebelión en Santa Rosa, se la están jugando.

—Ya lo sabremos...

Se oyó el despegue de un avión. Los dos agentes del FBI se miraron, apagaron sus cigarrillos en el suelo, aplastándolos con un pie, acabaron sus bebidas, pagaron y se acercaron a la puerta que daba a las pistas. Desde allí vieron elevarse el avión del vuelo 701.

—Ahí vuelven los otros dos.

—Bueno.

—Guerrero se llevó el maletín.

—Hombre, claro...

Se apartaron un poco, dejando pasar completamente confiados a los dos hombres que habían acompañado al del maletín hasta el avión. Luego, los siguieron por los vestíbulos. Salieron todos del edificio del aeropuerto, en dirección al aparcamiento. Los dos «G-men»

caminaban tranquilamente tras sus presas. Los dejaron llegar junto

a un coche negro. Entonces, se colocaron junto a ellos.

Pete mostró su placa del FBI, sonriendo secamente.

—FBI —dijo con desgana—. Van a venir con nosotros.

Los dos hombres palidecieron, se miraron...

—Oigan...

—No protesten. Podrán probar su inocencia en la Delegación.

—¿De qué nos acusan?

—De actividades ilegales en territorio norteamericano. ¡Oh!, bueno, se entiende: de actividades antiamericanas.

Los dos hombres decidieron jugarse el todo por el todo. Uno de ellos quiso golpear a Pete, que se limitó a apartarle el golpe de un manotazo y le metió el puño derecho en el estómago. Lo obligó a girar de una bofetada, lo tiró de cara contra el coche y lo dejó sin resuello de un puñetazo en los riñones.

El otro había creído que podría perjudicar a Ernest de un modo más contundente, metiéndole un par de balas en la barriga. Pudo sacar la pistola, pero también el

«G-man»

había sacado la suya.

No necesitó disparar. Simplemente, sujetó la muñeca del otro y le obligó a aplastar su mano contra la carrocería del coche. Entonces, con su pistola, Ernest golpeó la mano de su enemigo, aplastándola. La pistola cayó al suelo y su propietario quedó lívido de dolor sin respiración.

Todo con tranquilidad, sin gritos ni jaleo.

Y siempre sin alterarse, los dos

«G-men»

empujaron a los acompañantes de Juan Guerrero, el hombre del maletín, al interior de su coche, mas no sin que Pete le hubiese quitado la pistola al que había golpeado con tanta eficacia.

Ernest recogió la otra del suelo y pasó al volante del coche. Pete se sentó a su lado, es decir, se arrodilló en el asiento, de modo que quedaba encarado a los dos magullados prisioneros.

—Vámonos, Ernest; nos están esperando.

* * *

El inspector Patterson miró a los tres agentes que habían acudido a su llamada en el despacho de la Delegación del FBI en

Miami.

—Sentaos.

Chuck

O'Kelly,

Floyd Larkin y Roy Simone, obedecieron. Cris Patterson les ofreció cigarrillos, esperó a que los encendiesen, y dijo:

—Un hombre llamado Juan Guerrero, natural de Santa Rosa, enemigo del actual Gobierno de su país, está en tratos con un par de agentes de una determinada potencia. Juan Guerrero, a pesar de que, según parece, es un hombre de gran utilidad para los rebeldes de su país, está haciendo cosas algo extrañas... y, sobre todo, cosas que no nos gustan. Una de ellas es que esté en tratos con esos dos terroristas que nuestros compañeros de San Juan de Puerto Rico tenían vigilados. La otra cosa es que Juan Guerrero va a venir a Estado Unidos. A Miami, concretamente.

—¿A qué viene? —preguntó

O'Kelly.

—Eso es lo que tendremos que averiguar, Chuck.

—Entiendo... ¿Cuándo van a venir?

Patterson miró su reloj.

—Juan Guerrero ha salido ya de San Juan, en el vuelo 701. Viene solo. Los otros dos han sido... espero que ya hayan sido apresados en el mismo aeropuerto.

—Pero entonces, Guerrero habrá...

Sonó el teléfono y Patterson lo atendió rápidamente.

—¿Quién me llama, Agatha?

—San Juan de Puerto Rico, señor. Por la línea privada del Servicio.

—Atiendo ahora mismo la llamada. Póngame.

—Sí, señor.

Los tres agentes permanecieron en silencio, fumando, mientras Patterson hablaba por teléfono. Cuando el inspector colgó el auricular, parecía muy satisfecho.

Miró a

O'Kelly.

—¿Qué decías, Chuck?

—Que si han detenido a esos dos, Guerrero se habrá dado cuenta...

—No. Todo ha salido bien. Han dejado viajar a Juan Guerrero hacia aquí, y, en efecto, ya están detenidos sus dos acompañantes. Y, puesto que el vuelo 701 es directo a Miami desde San Juan, debemos suponer que Guerrero llegará en ese avión. Lleva un maletín que tiene intrigados a nuestros compañeros de allá.

—¿No saben qué hay en él?

—Ni se atreven siquiera a hacer conjeturas. Es un maletín algo más grande de lo normal, negro. Pero de eso ya tendremos tiempo. Ahora se trata de que conozcáis a Juan Guerrero. Mirad estas fotos recibidas por el velofoto.

Sacó de la carpeta qué tenía a un lado media docena de fotografías, todas del mismo hombre: Juan Guerrero. Distribuyó tres entre los agentes.

—Miradlas bien, porque no las llevaréis con vosotros. Hay que recordar perfectamente a ese hombre.

—¿Se sospecha qué puede venir a hacer en Miami?

—Se sospecha, Roy, desde luego. Pero hay que tener la plena seguridad.

—Ya... Supongo que se le ha dejado suelto por algún motivo.

—Por supuesto. Parece que habría sido conveniente que uno de los muchachos de San Juan hiciese el viaje en el mismo aparato; pero, siendo vuelo directo, podemos tener la seguridad de que Guerrero va a llegar sin novedad a Miami; y es mejor no darle siquiera la oportunidad de oler a uno de nosotros... antes del momento oportuno.

—¿Es peligroso?

—Mmmm... Sí. Vamos a aclarar esto: Juan Guerrero es peligroso en cuanto a que es un hombre alto, fuerte y, según parece, muy peligroso con un arma en la mano. Ved su rostro: rasgos secos, duros, frente despejada, mirada inteligente, firme el trazo de la boca, bien musculado el cuello... Debemos suponer que, en cuanto a sus posibilidades físicas y preparación para la pelea, es peligroso.

Roy Simone sonrió.

—Vaya... Ése podría ser yo mismo, ¿eh? Bueno, quien conozca a Guerrero o haya visto una foto suya, desde luego no podría equivocarse jamás... Pero la descripción de rasgos tendría que ser idéntica para mí.

—Seguro, Roy. Pero no se trata de suplantación. Hay que estar a

la expectativa... Voy a contestar a dos preguntas tuyas que, en realidad, están muy ligadas. Dices que supones que se ha dejado suelto a Guerrero por algún motivo cierto. Y ese motivo está relacionado con la pregunta de qué viene a hacer ese hombre a Miami: Obviamente, va a entrevistarse con alguien aquí. Y por eso se le ha dejado suelto. Queremos saber con quién se entrevista.

—Entiendo... Desde luego, parece un poco tonto que ese Juan Guerrero venga a Miami a no hacer nada. Y, si ha de hacer algo, no lo hará él solo.

—Los compañeros de San Juan presumen que la persona o personas que Guerrero viene a ver son espías extranjeros. Eso tiene una base solidísima, teniendo en cuenta que los dos hombres que fueron con Guerrero hasta el aeropuerto de San Juan, también lo son. Afortunadamente, habían sido localizados hace algunos días y se estaba a la espera de algún fallo, de algún contacto. Ese contacto se ha producido, pero con Juan Guerrero. Por lo tanto, si es Guerrero quien viene a Miami, asesorado por aquellos dos hombres de San Juan, debemos creer que es Guerrero quien va a ver a los amigos que los de San Juan tienen aquí... ¿Alguna duda?

Los tres agentes movieron negativamente la cabeza y, al mismo tiempo, Floyd Larkin preguntaba:

—¿Se teme que los rebeldes de Santa Rosa, por medio de Guerrero, se pongan en contacto con esos agentes?

—Sí, Floyd.

—¡Hum...! No sé hasta qué punto puede interesar tal cosa a esos rebeldes.

Christopher Patterson encogió los hombros.

—Es cuenta de ellos..., en parte. La otra parte es que en San Juan estaba Juan Guerrero..., y no por casualidad. Tampoco podemos creer que ha sido casualidad su encuentro con los dos hombres que han sido apresados. Y tampoco viene a Miami por casualidad, ni en viaje de placer, sino a entrevistarse con personas cuyas posibilidades de ser agentes o terroristas, podemos calcular en un noventa y nueve por ciento. Y todo esto sí nos interesa a nosotros, Floyd. No queremos líos...

—No, ¿eh? —Gruñó

O'Kelly

—. Pues tenemos intereses en Santa Rosa.

—Por eso mismo, Chuck: no más líos. Tenemos que enterarnos de cualquier actividad terrorista y desbaratarla. Y no me refiero ya solamente a actividades de ese tipo, relacionadas con los rebeldes de Santa Rosa, sino a cualquiera de ellas.

—De acuerdo, señor.

—Entonces, iréis a esperar el avión del vuelo setecientos uno, al Miami International. Y dejaréis suelto a Guerrero, para seguirlo, ver adónde va, con quién se relaciona, etcétera. Quiero la máxima cautela. No hay que precipitarse, ya que tendremos localizado a Guerrero en todo momento. Iremos estrechando el cerco, pero cuidado con espantar la «caza». Juan Guerrero, en sí y por sí mismo, no nos interesa demasiado. Su principal valor para nosotros es, ahora, saber con qué personas se ve. ¿Bien?

—Bien, señor.

—Es posible que vaya armado. Casi seguro. Es un hombre inteligente y, según parece, audaz. Ha sido elegido de entre los rebeldes para esto...

—¿Estamos seguros de eso, señor? —interrumpió Simone.

—Pues... Buena pregunta, Roy. Y, además, tienes razón: no, no estamos seguros. Parece que eso es lo lógico, pero, quizá, la verdad sea otra.

—Es lo que yo he dicho antes —refunfuñó Floyd Larkin—: ¿hasta qué punto les interesa a los rebeldes el trato con agentes extranjeros? Eso podría traerles el peligro de que la República de Santa Rosa perdiera su derecho a elegir su propio camino.

—Cierto, Floyd. Pero no divaguemos más: nos interesa Juan Guerrero por su relación con ellos, y eso es todo. Mmmm... Roy será quien lo siga de cerca. Vosotros dos, Floyd y Chuck, estaréis a la expectativa. Tenéis tiempo de comentar el asunto entre vosotros, poneros de acuerdo y llegar todavía con tiempo sobrado al Miami International. Buena suerte.

CAPÍTULO II

A las siete y treinta y cinco minutos, los altavoces del Miami International Airport anunciaron la llegada del vuelo 701, procedente de San Juan de Puerto Rico.

Y, un segundo después, Roy Simone dejaba de mirar las portadas de las novelas expuestas en el Terminal Newstand, y se dirigía a la entrada de la Terminal. Desde allí, vio aterrizar al aparato que le interesaba.

Luego, los pasajeros aparecieron en la punta de la pista alzada, dejando atrás el Control y caminando hacia la Terminal. Casi en seguida, vio a su hombre, al que reconoció, antes que por otra cosa, por el negro maletín; pero el maletín no iba a ser suficiente para engañarlo a él, de modo que dedicó toda su atención a las características físicas del individuo.

Exacto.

Aqué! era, sin duda de ninguna clase, Juan Guerrero.

Lo dejó pasar, mirando hacia otro lado. Y estuvo a punto de perder de vista a Juan Guerrero cuando vio a la muchacha. La miró casualmente, del mismo modo que habría podido mirar a una señora gorda. Pero la muchacha no era gorda, sino estilizada, con un cuerpo y una gracia al caminar tan particulares, que Roy Simone quedó poco menos que estupefacto. Ella tenía el cabello negro, los ojos color miel, la boca color coral, la garganta fina, largo el cuello. Los hombros delicados, los senos erguidos, la piel muy tostada por el sol; llevaba un jersey escotado en punta y una faldita azul que dejaba ver un trocito de sus rodillas. Los zapatos eran de tacón alto, y las piernas no podían ser más esbeltas y bien torneadas.

Simone hizo un gesto de disgusto, dejó de mirar a la muchacha y localizó a Juan Guerrero de nuevo. Encendió un cigarrillo y se fue

tras él, dedicándole toda su atención y pensando que siempre veía nenas como aquélla cuando no podía ir a decirles lo que pensaba de ellas.

Resignado, continuó detrás de Guerrero, mirando con el ceño fruncido el maletín que el de Santa Rosa, llevaba en su mano izquierda. Se podía pensar, desde luego, que algo importante había en aquel maletín.

Juan Guerrero no parecía tener ninguna prisa, pero tampoco daba la impresión de hombre que no sabe adónde va o qué tiene que hacer. Se dirigió inmediatamente hacia el Parking Área, ya detrás del Miami International Hotel y debajo de éste, por los pasos subterráneos.

Llegó al aparcamiento, tras cruzar la pista que lo separaba de la Terminal, y continuó hasta el piso superior. Debía tener un coche esperándolo y, tal coche, lo mismo podía estar ocupado que vacío, a su disposición. Ya en la cubierta del primer aparcamiento, Juan Guerrero pareció contar las altas farolas que daban luz a la pista que rodeaba la Parking Área; luego fue hacia una de ellas, se colocó lo más cerca posible y encendió un cigarro largo y delgado, que parecía algo retorcido.

Roy Simone se estaba haciendo el loco cuando la muchacha de los ojos color miel pasó otra vez por su lado, casi rozándolo... Y de nuevo estuvo a punto de olvidarse de Juan Guerrero.

Pero eso no podía ser; no, entonces, al menos, cuando Guerrero estaba hablando con un hombre que se le había acercado. Guerrero asentía con la cabeza. Finalmente, el hombre señaló hacia uno de los coches y los dos se fueron hacia él.

Tras ellos, con las debidas precauciones y cautela, Roy Simone, fumando tranquilamente... ¿Dónde se habría metido la bellísima muchacha de ojos color miel...?

Juan Guerrero llegó hasta el coche que le indicara su compañero. Dentro del coche, al volante, había otro hombre. Simone no se acercó: tiempo tendría de verles bien la cara. Estuvo allí hasta que Guerrero hubo entrado en el coche y comprendió que éste iba a ser puesto en marcha inmediatamente. Antes de que esto ocurriese, él iba ya hacia su propio coche, siempre tranquilo, sin prisa.

Cuando se sentó ante el volante, el coche que llevaba a Juan

Guerrero estaba ya saliendo del aparcamiento, pero Simone no se inmutó. Dio una chupada al cigarrillo y movió una palanquita de la radio.

—Chuck —dijo.

—Hola, Roy.

—Van a salir, desde el aparcamiento superior.

—Bien. ¿Cuántos son?

—Dos y Guerrero. «Pontiac» convertible del sesenta y dos, dos colores: blanco y marrón.

—¿Matrícula?

—Mi vista no alcanza tanto —gruñó Simone—. Estad atentos.

—Bien.

—No me lo perdáis de vista.

—Seguro, hombre.

—Corto.

—Bueno. Yo también.

Cerró la radio, metió la colilla en el cenicero y puso en marcha el coche. Ya no veía el que llevaba a Juan Guerrero, pero eso no le preocupaba en absoluto. Poco después, y cuando llegaba al cruce de las pistas del Parking Área con la North West 42nd Avenue, se encendió el pequeño piloto rojo y abrió la radio.

—¿Sí?

—Por la Cuarenta y Dos abajo, Roy.

—Bueno. ¿Habéis visto a los tipos que le acompañan?

—Sí.

—¿Los conocemos?

—No.

—Vaya... Os voy a alcanzar, Chuck. Luego, yo me encargo de ese coche. Seguidme no demasiado cerca: os tendré al corriente por la radio, que voy a dejar abierta.

—Estamos a la escucha.

—*Okay*. Allá voy.

Se desvió a la derecha, enfilando entonces la N. W. 42nd Avenue, y apretó el acelerador. Apenas un minuto después adelantaba el coche en el que iban sus compañeros Chuck

O'Kelly

y Floyd Larkin.

—Ahí os quedáis, pequeños.

—No juegues, Roy —le dijeron por la radio—. Si ese tipo se nos pierde, estamos listos.

—Tranquilos.

Estaba viendo ya el coche en el que habían recogido a Juan Guerrero. Lo siguió hasta la altura de Tamiami Trail; allá, se desvió hacia la izquierda, siguió Tamiami Trail hasta Ponce de León Boulevard, llegó a Flager, siguió hasta Biscayne Boulevard, subieron por allá, se desviaron hacia la N. E. 5th Street, bajaron por N. W. 7th Avenue...

Roy Simone frunció el ceño.

—Están jugando —dijo.

—Ya nos hemos dado cuenta. Quizá teman que alguien les está siguiendo.

—Sí, ¿eh? Pues no son precisamente astutos para despistar a quien pueda seguirlos.

—Es que nosotros no somos cualquiera, Roy —rió Chuck.

—¡Ah!, eso es cierto... ¿Cómo va el paseo?

—Distraído... ¿Qué hacen ahora?

—Otra vez Tamiami Trail... Te apuesto algo a que están esperando que sea de noche para ir adonde sea, Chuck.

—Eso ya lo hemos pensado Floyd y yo. Y falta muy poco. Bueno, al menos no se les puede negar que son precavidos.

—¡Bah...!

A las ocho cuarenta, ya de noche, el coche que llevaba a Juan Guerrero se cansó de dar vueltas, regresó de nuevo al distrito de Coral Gables, entrando por S. Dixie Highway, que siguió hasta el cruce con South Alhambra Circle, que contornea el Mahi Waterway. Por fin, el coche se detuvo en el cruce de Alhambra Circle y Talavera, delante de una pequeña quinta que, sin duda, tenía acceso al canal por detrás.

Roy Simone continuó adelante, llamando la atención de sus compañeros:

—Seguid. Ya se han parado.

—Los vemos. ¿Nos esperas?

—Voy a dejar el coche aquí, en el cruce con Barquera, y regreso a pie hacia esa quinta. Estad atentos a buena distancia, por si esa parada fuese también un truquito.

—Bueno.

Simone cerró la radio, dejó el coche estacionado y volvió a pie hacia la quinta de South Alhambra Circle. Se cruzó con sus compañeros, que le hicieron un gesto de asentimiento y llamada al mismo tiempo, arrimando el coche. Simone se detuvo junto a ellos, encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué pasa? —preguntó entre dientes.

—El coche ha entrado en la quinta.

—Ya... ¿Había alguien más?

—No creo... Uno de ellos ha tenido que bajar para abrir la verja.

—Está bien. Atentos por si salen. Yo voy a echar un vistazo.

—Cuidado. Roy...

—Sí, hombre.

Se alejó del coche con el aire de quien sólo se ha detenido para encender un cigarrillo. Pasó ante la verja de la quinta, volvió a pasar un par de minutos después y, por fin, decidió que desde allí no iba a conseguir nada. Así que fue siguiendo la verja por la parte que daba a Talavera, hasta encontrar el sitio propicio para la escalada. Saltó, se agarró a lo alto de la verja, se izó con un solo movimiento gimnástico, pasó ambas piernas juntas por encima de las puntas de lanza, y cayó al otro lado desde una altura no inferior a los trece pies, como si el salto fuese una broma.

Pareció rebotar hacia unos baladres. Se quedó entre el arbusto un instante, mirando hacia la casa. Había luz, pero al parecer, sólo en una pieza, que debía ser el *living*, pues daba a una terraza de dimensiones más bien pequeñas y de piso muy brillante.

Fue pasando de tras el tronco de un árbol al de otro, buscando siempre el modo de quedar en la oscuridad, bien oculto no sólo a la vista, sino a las balas. Nunca se sabe...

Por fin, se detuvo como a veinte pies de la terraza. No parecía que hubiese nadie allá, y, aunque de momento tenía que cruzar un trozo de terreno despejado y subir a la terraza, una vez allá le sería fácil ocultarse, atisbar al interior, intentar oír algo de lo que se hablaba...

—Quieto.

La voz sonó a un lado de Roy Simone, en español, una milésima de segundo después de que la punta de una pistola se hubiese apoyado en su nuca. El

«G-man»

quedó petrificado, no ya de miedo, sino de asombro y, sobre todo, de rabia por no haber sentido o visto aquel peligro.

—Con los pies donde están ahora, apóyese en ese árbol.

Era una táctica de guerrillero. Para hacer lo que le pedían, Simone tuvo que dejarse caer hacia el árbol, casi a una yarda de donde tenía los pies, de modo que si quitaba una mano era seguro que perdería el equilibrio.

Cuando estuvo en tan incómoda postura, notó una mano que palpaba su torso. Iban a encontrarle la pistola, por supuesto, y entonces todo iría definitivamente mal...

—No se mueva o...

El hombre que le amenazaba seguía hablando en español. Había dejado de tener su pistola en contacto con la nuca del federal, y eso era más peligroso, ya que éste no podía localizar con exactitud el lugar donde estaba su contrario.

Le quitó la pistola, en efecto.

Simone estaba llegando a la conclusión de que si aquello terminaba como parecía lógico, el FBI, iba a perder por completo la pista de Juan Guerrero, ya que sus compañeros, Floyd y Chuck, estaban vigilando fuera de la quinta y confiaban en él para atender lo del interior. Si él fallaba allí dentro, le registraban y veían su tarjeta del FBI, aquellos tipos saldrían de la quinta con todas las precauciones necesarias, por cualquier lugar..., menos el que debían vigilar los dos «G-men».

Estaba pensando, muy disgustado, en todo esto, cuando comprendió que le iban a golpear. O, quizá peor, a meterle un par de balas en la espalda, disparadas con silenciador.

En el mismo momento en que pensaba esto, oía un jadeo seco y corto. Quitó las manos del tronco y dobló las piernas, de modo que cayó de rodillas y un poco lanzado hacia adelante..., justo cuando la mano armada de la pistola pasaba rozando su cabeza y el hombre, perdiendo también el equilibrio, se vencía hacia delante.

Simone apoyó las manos en el suelo y se empujó hacia atrás. Golpeó en las piernas del hombre que se vencía hacia delante, acabando así de privarle del equilibrio. Sin duda, el golpe que había querido propinarle llevaba una fuerza terrible, capaz incluso de matarlo, partiéndole la cabeza.

El hombre cayó por encima de él, lanzando un corto grito ronco que, cosa más tarde extrañaría a Simone, intentó contener, consiguiéndolo a medias. Tuvo que apoyar las manos en el suelo para no caer de cara. Quedó delante de Simone, con las piernas por encima de la espalda del

«G-man»

y en situación tan poco estable que a Simone le bastó golpear con un codo en uno de los brazos para que el desconocido diera de cara contra el suelo.

Pero no parecía dispuesto a soltar la pistola, de modo que el federal golpeó con su mano derecha, de canto, en la base de la muñeca; la pistola saltó, pero, al mismo tiempo, el otro, adaptándose a la nueva situación, golpeaba a Simone en la boca con una rodilla.

Era una pelea silenciosa, en la que apenas si se oían los jadeos del esfuerzo que se estaba realizando por ambas partes.

Simone notó la sangre en su labio inferior, pero eso no era un detalle importante en aquel momento. El otro se estaba levantando y, dado que el

«G-man»

estaba todavía de rodillas, parecía que consideraba el asunto de modo muy favorable para él. Le lanzó un puntapié a Roy que podía haberle reventado un ojo de alcanzarle, pero Simone no estaba para tonterías: cogió el pie, tiró más hacia arriba de él, y lo levantó tanto al ponerse él en pie, que el hombre cayó de espaldas.

Roy Simone le dio la vuelta al pie y el hombre tuvo que girar para evitar que se lo rompiese. Cuando estaba boca abajo, el federal le golpeó con el tacón en los riñones por dos veces, seguidas, muy rápidamente. Luego le colocó un punterazo en las costillas, que dejó al desconocido poco menos que fuera de combate.

El agente del FBI le soltó entonces el pie, lo levantó, tapándole la boca con una mano, y lo golpeó de cabeza contra el tronco del árbol...

El desconocido se relajó entonces; sus ojos mostraron solamente córnea, la boca se abrió, se contrajo..., y resbaló con la espalda pegada al tronco, hacia el suelo mullido de hierba.

Simone sacó su pañuelo de emergencia y se limpió la sangre del labio, respirando contenidamente de modo que muy pronto

recuperó el ritmo normal respiratorio. Se guardó el ensangrentado pañuelo y se arrodilló junto al hombre. Lo primero que hizo fue guardarse su pistola en la funda axilar; luego, se metió la del desconocido entre la camisa y el pantalón, y registró al hombre por si llevaba más armas.

No llevaba más.

Encontró la cartera de bolsillo y la registró con habilidad y rapidez, buscando un doble fondo. No había tal doble fondo. La documentación estaba a nombre de Adolfo Carrasco, y allá estaba su foto. Unos cientos de dólares yanquis y la documentación, eso era todo. En el otro bolsillo había un paquete de cigarrillos y un estuche de cerillas. Nada más.

Siempre utilizando el pequeño haz de luz de su bolígrafo, Roy Simone dedicó ahora toda su atención a la documentación. Si: Adolfo Carrasco, treinta y cuatro años, natural de San Pedro. República de Santa Rosa.

Simone agarró al hombre por los cabellos, le alzó la cabeza y dirigió la luz hacia allá, hacia el rostro. Era idéntico al de la foto de la documentación. Pero no era uno de los dos hombres que habían estado esperando a Juan Carrasco en el Miami International; eso seguro...

Colocó cada cosa en el mismo bolsillo donde las había encontrado, dio la vuelta al hombre, de modo que quedó boca abajo, y le quitó la corbata y el cinto. Con la primera le ató las manos y con el segundo los pies. Luego, dedicó casi un minuto a recuperarse del todo y a mirar atentamente a su alrededor. No quería más sorpresas de aquella clase.

Se aseguró de que el desconocido, estaba realmente desvanecido, y decidió que sería interesante llegar ya a la terraza y oír o ver lo que ocurría en la quinta.

CAPÍTULO III

Los dos hombres que habían esperado a Juan Guerrero en la Parking Área del aeropuerto, se habían presentado al de Santa Rosa, como Joe Skelton y King Dexter. No parecían muy habladores, pero una vez en la quinta habían solicitado de Guerrero que demostrase su personalidad.

Juan Guerrero había mostrado su documentación, que había sido examinada por los dos hombres. Éstos no parecían dispuestos a dar explicaciones sobre sí mismos, y Guerrero lo aceptaba así.

—¿Ha tenido algún contratiempo, Guerrero?

—Ninguno.

—Bien... ¿Con qué nombre debe usted identificarse ante nosotros? Mejor dicho...

—Espera, Joe —cortó Dexter; se encaró con Guerrero—: ¿Ha traído el rompecabezas?

—Sí. Lo tengo en el maletín.

—¿Sabe utilizarlo?

Juan Guerrero los miró un tanto hoscamente.

—¡Son ustedes quienes tienen que saber manejarlo, no yo!

—De acuerdo, Guerrero. Luego seguirán las preguntas. Démelo.

Guerrero abrió el maletín y sacó una caja de plástico opaco de color verde, de unas dieciséis pulgadas de largo, doce de ancho y cuatro de profundidad.

King Dexter se adelantó, tomó la caja, se sentó en uno de los sillones y la abrió. Había doce dados o cubos dentro de la caja, idénticos en su tamaño de cuatro pulgadas por lado. Los seis lados de cada cubo que formaban parte del juego, mostraban un trozo de fotografía pegado. El juego era simple: colocando convenientemente las doce piezas del juego-pasatiempo se obtenía completa las

fotografías de que formaban parte. La disposición era de cuatro dados de izquierda a derecha y tres de arriba abajo; todo ello no era fácil de deducir, teniendo en cuenta el tamaño de la caja, que admitía el juego en esas proporciones.

Dexter dedicó un par de minutos a componer dos de las fotografías, bajo la atenta y un tanto curiosa mirada de Juan Guerrero. Cuando Dexter terminó con facilidad el primer juego, sonrió y miró al dominicano.

—Parece que está bien. ¿No conoce la clavé?

—Sólo sé lo que tengo que contestarles cuando ustedes me hagan la pregunta correcta. No me he molestado en complicarme la vida con ese juego.

—Es distraído —opinó Dexter—... ¿Quién no ha tenido un rompecabezas alguna vez? Iré a descifrarlo...

En aquel momento, sobresaltando a los tres hombres, sonó una voz de mujer en la puerta del *living*:

—No se molesten: yo me hago cargo del rompecabezas. Usted déjelo sobre esa mesita y retroceda.

King Dexter miraba estupefacto a la mujer. Eso, al principio. En seguida su mirada mostró un destello de furia. Ella le miraba con dureza un tanto benévola; tenía una pistola en la mano derecha. Y a su lado, un hombre de cabellos lacios, ojillos pequeños y muy negros, de mirada viva y rápida..., que también empuñaba otra pistola.

—¿Qué demonios quiere? —farfulló Joe Skelton—. ¿Quién es usted y cómo ha entrado aquí?

Por supuesto, Skelton no hacía tan tontas preguntas porque él fuese tonto también. Simplemente estaba desconcertado e intentaba ganar tiempo y confiar a la mujer, si era posible.

No era posible.

La mujer lo miró, sonriendo despectivamente.

—Le aconsejo que no se mueva. Cuente con una bala en la cabeza si lo hace... ¿Qué tal, Guerrero?

Juan Guerrero era el que parecía menos molesto. Miró con suma atención a la hermosa muchacha de ojos color miel, y comentó:

—Usted viajó en mi avión desde San Juan a Miami.

—Exacto...

—Bien..., ¿qué es lo que quiere?

—El rompecabezas. Y mucho me temo que también su vida, Guerrero.

La conversación se desarrollaba en español, idioma que parecían dominar las cinco personas reunidas insospechadamente en aquel bonito *living*.

—¿Va a matarme, señorita?

—Eso debo hacer.

—¿Por qué? ¿Quién es usted?

—Me llamo Lucía Santayana... ¿Lo entiende ahora, Guerrero?

Juan Guerrero sí debía entenderlo, porque palideció tan intensamente que ni siquiera su bronceada piel pudo paliar tal palidez. Se mordió los labios, miró todavía con más fijeza a la mujer y, luego, desvió su mirada hacia el hombre de los cabellos lacios que estaba a su lado.

—¿Es él el verdugo? —musitó.

—Así es, Guerrero.

—Supongo... que de nada va a servir que intente...

—No se moleste. Sabía lo que se estaba usted jugando, Guerrero, ¿no es cierto?

—Sí... Lo sabía.

—Bien: ha jugado y ha perdido. Mávalo, Santiago.

El hombre de los cabellos lacios y los pequeños ojillos de ratón vivaracho, no vaciló ni un instante. Su expresión no se alteró en lo más mínimo. Simplemente, cuando Juan Guerrero intentaba saltar del sillón para alejarse y buscar protección en cualquier lugar o mueble, apretó el gatillo.

La primera bala alcanzó ya el corazón de Juan Guerrero, de lleno, con anticipación a cualquier movimiento del hombre llegado a Miami en vuelo directo desde San Juan de Puerto Rico. Y estando ya muerto, todavía erguido a medias, recibió la otra en la cabeza, que estalló en fragmentos de huesos, cabellos y salpicones de sangre.

Esta segunda bala empujó a Guerrero hacia atrás con más fuerza que la primera; lo sentó en el sillón que había estado ocupando, pero con tal violencia que el mueble se volcó hacia atrás, llevándose el palpitante cadáver.

Dexter y Skelton, por supuesto, no se habían estados quietos esperando el hachazo del verdugo dirigido a ellos. Quisieron sacar

sus pistolas, a toda prisa.

Pero la muchacha de ojos color miel estaba ya disparando contra Skelton, que recibió el balazo en el centro del pecho, giró sobre sí mismo, en posición vertical, y se derrumbó de bruces sobre el sofá, desde donde se deslizó hasta el suelo, ya como desarticulado...

Dexter había tenido que soltar la caja del rompecabezas para dedicarse a sacar la pistola. Y de un modo estúpido, quizá por carencia de reflejos, vaciló un instante antes de soltar la caja... Cuando la dejó caer, y quiso sacar su pistola, ya era tarde. El llamado Santiago acababa de meterle una bala en la garganta, abriéndole tal boquete que antes de caer como fulminado pareció que toda la sangre de King Dexter iba a escapar de su cuerpo por allí.

—Asegúrate de que están muertos, Santiago.

—Sí, señorita Lucía.

El pequeño Santiago pareció más ratoncillo que nunca al deslizarse rápidamente de uno a otro hombre, lista la pistola por si tenía que rematar a alguno de los tres. Pero, según pareció, tan desagradable labor no era necesaria.

—Están muy muertos —dijo.

—Recoge el rompecabezas, nos lo llevamos.

* * *

Roy Simone quedó inmóvil, a menos de cinco yardas de la terraza, tras describir el rodeo buscando las sombras, al oír los dos primeros disparos.

Reaccionó inmediatamente, saltando con no demasiadas precauciones la baranda de la terraza, justo cuando sonaban los otros casi seguidos unos a otros. Frenó en seco cuando alcanzó la terraza, comprendiendo que sería un estúpido suicidio entrar de buenas a primeras en el *living*, que era donde habían sonado los disparos.

Dentro oyó una voz que hubiese jurado era de mujer y otra de hombre que le contestaba, ambas en español. Pero no entendió lo que decían, a pesar de dominar el idioma a la perfección. Apercibió su pistola, pues no se fiaba de la del tipo llamado Adolfo Carrasco, y se asomó cautamente por un lado del ventanal, cerrado a pesar de la buena temperatura.

Vio perfectamente al hombrecillo de mirada viva y cabellos lacios. No le conocía. Estaba inclinado, sosteniendo con la mano izquierda el maletín que había sido de Juan Guerrero, y en la derecha un paquete o caja de color verde que parecía estar metiendo o sacando del maletín.

Cerca del hombre vio a otros dos, caídos en el suelo; detrás de un sillón volcado, otro, en el que reconoció a Juan Guerrero. Parecían muertos los tres y era evidente que el hombrecillo, no ajeno a tales muertes, se disponía a llevarse el maletín en el cual, decididamente, estaba metiendo aquella caja verde.

—Ya está —oyó ahora claramente Simone.

Hubiese querido ver a la mujer, pero para ello tenía que colocarse completamente delante del ventanal y mirar hacia el lado opuesto del *living*. Eso le pareció al «G-man»

más peligroso que entrar de buenas a primeras en el *living*, de modo que decidió entrar y luego echar el vistazo.

Pero tenía que actuar de prisa. Los quería allí, en el *living* de la quinta, a plena luz, no persiguiéndolos por los jardines a balazos, con riesgo de perderlos.

Adelantó la mano izquierda hacia la juntura de las puertas-ventanas, y empujó.

Estaban cerradas por dentro.

Y no sólo eso, sino que el hombrecillo llamado Santiago, demostrando la posesión de un finísimo oído, miró de pronto hacia allá con expresión de alarma que aumentó al ver a Simone en la terraza, a través de los cristales.

Llevó frenéticamente la mano a donde había guardado la pistola, y Simone hizo lo único que podía en aquella situación, lo mismo que estaba dispuesto a hacer el hombrecillo: disparar a través del gran cristal.

La bala, bien dirigida, alcanzó, según le pareció a Simone, un hombro del pequeño desconocido; le hizo girar, soltando el maletín, y le obligó a pasar de espaldas por encima de un sillón, que se llevó con él. Todo ello mientras una lluvia de cristales saltaba por el aire hacia dentro de la casa y hacia la terraza, sobre Simone, con el consiguiente estrépito no sólo del disparo, sino del reventado cristal.

Casi en seguida, la luz se apagó y dos balazos arrancaron los restos del cristal, disparados desde adentro y descargando una nueva lluvia de cristales sobre Roy Simone, que se ladeó hacia el lado opuesto, comprendiendo que quien disparaba era la persona no vista aún: la mujer...

Sólo un ojo de Simone asomó por el lado del ventanal, casi en seguida. Apagada la luz eléctrica, era ahora la de la luna la que prestaba sus servicios.

Buenos servicios, por cierto.

Pudo ver el maletín, en el suelo, y muy cerca de él la sombra del hombrecillo que quería llevárselo. Tenía una mano alargada hacia él, pero Simone le obligó a retirarla de un balazo que maulló agudamente delante del hombrecillo, que desapareció velozmente detrás de uno de los volcados sillones.

De nuevo un par de balas buscaron a Simone, procedentes del lugar que se salía de su campo visual, pero no lograron engañarle: la mujer intentaba cubrir al hombre para que éste recogiese el maletín... Y eso, no, puesto que tan importante parecía ser.

De modo que Simone se asomó nuevamente, sólo lo justo para ver otra vez el maletín y al hombrecillo, que insistía en apoderarse de él.

Simone volvió a disparar y el hombrecillo desapareció otra vez.

—¡Vámonos, Santiago! —Oyó el
«G-man»

la voz de mujer.

—¡El maletín...!

—¡Déjalo ahora! ¡Hay que marcharse pronto de aquí!

Simone quiso entrar en tromba en el *living*, pero otros dos disparos, muy bien dirigidos, le hicieron comprender la conveniencia de permanecer a cubierto. Una cosa era segura: él dominaba el terreno donde se hallaba el maletín, de modo que si lo querían tendrían que jugarse el pellejo.

De nuevo, atisbando con un ojo el interior del *living*, vio el maletín en el mismo sitio. Pero ya no vio al hombrecillo... Ya no oía nada.

Una sonrisa se crispó en los labios del
«G-man».

Seguro: a él se la iban a «pegar» tan fácilmente. Si esperaban que se

creyese que se habían marchado, y que, en consecuencia, entrase tan ricamente en la casa, estaban listos.

Durante un minuto, el silencio fue completo. Al cabo de ese minuto, la voz que se oyó fue la de Chuck

O'Kelly,
llamando desde el otro lado de la casa:

—¡Roy...!

Simone no esperó más, entonces. Sabía que en el jaleo que hubiese dentro de la casa podría contar con la ayuda de

O'Kelly,
de modo que se tiró al interior del *living*, pasando por el hueco dejado por el reventado cristal.

Rodó rápidamente sobre sí mismo hasta tropezar con algo que podría servirle de protección.

No hubo disparos, ni voces... Ningún ruido. Silencio absoluto.

Y el maletín continuaba en el mismo sitio, tan lejos de su alcance como antes.

Simone tanteó en busca de algo, encontró un cojín y lo tiró hacia un lado, derribando una lámpara de pie con mesita suplementaria, en la cual, a juzgar por el ruido, debían haber habido vasos o alguna botella.

Nada.

Silencio.

La voz de Chuck

O'Kelly
se oyó ahora junto a la entrada al *living*, pero ya dentro de la casa, es decir, que había llegado allí procedente de la puerta principal. Tras el aviso de que ya estaba allí,

O'Kelly
estaba completando su ayuda a Simone, cerrando el cerco...

—Roy... ¿Qué pasa?

Simone sonrió.

O'Kelly
se había colocado junto a la puerta, de tal modo que no podía ser alcanzado de ninguna manera por balas disparadas desde dentro del *living*; en cambio, su presencia allá, igual que antes en el exterior, evidenciaba una ayuda para Simone, con lo cual los enemigos de éste se sentirían en peligro absoluto, acorralados.

Pero no había ya tales enemigos.

—Creo que se largaron, Chuck. Busca el interruptor, tiene que estar al lado de la entrada. Pero no entres.

De nuevo el silencio. Y, de pronto, la luz. Simone, que estaba mirando hacia la entrada al *living*, apenas pudo ver la mano de O'Kelly desapareciendo.

Se incorporó, dirigiéndose inmediatamente hacia el maletín. Lo cogió y miró hacia la puerta.

—Pasa, Chuck.

O'Kelly entró con la pistola en la mano, pero confiado en el buen ojo de su compañero.

—¡Vaya! —señaló los cadáveres—... Parece que ha habido jaleo por aquí, ¿eh?

—Lo parece. Se los han cargado a los tres, Chuck.

Éste se dedicaba a examinar los cadáveres, y Simone, llevando el maletín en una mano, se unió a él.

—Están bien muertos los tres. Y son Juan Guerrero y los dos tipos que le esperaron en el aeropuerto.

—Regístralos. ¿Y Floyd?

—Fue por atrás, hasta el canal. Quizá sería mejor que fuésemos a echarle una mano, ¿no crees?

Simone encogió los hombros.

—No. Ya deben estar a salvo de nosotros. Era un hombrecillo pequeño, vivaracho..., y una mujer. A ella no pude verla. Pero en cuanto se cruce de nuevo en mi camino se las va a cargar. ¡Cómo disparaba, demonios...! ¡Hey, me olvidaba del otro...! ¡Ven conmigo, Chuck, me ayudarás a traerlo aquí!

Salieron los dos a toda prisa, por la terraza, y fueron hacia donde Simone había dejado al llamado Adolfo Carrasco. Pero Carrasco, su cinto, su corbata, se habían esfumado.

—¡Maldita sea...!

—¿Había otro?

—Uno que creo quería liquidarme y le tuve que romper la cara. Lo dejé aquí... Bien: quizá volvamos a verlo. Regresemos a la casa.

—Por allá viene Floyd.

Floyd Larkin se reunió con ellos en la terraza.

—Juraría que se largaron por el canal, Roy.

—¿En una lancha?

—Como no fuese en una barca a remo...

—De eso, nada. ¿Pudiste verlos?

—Juraría que oí los chapoteos, pero nada más.

—Había una mujer, y muy dispuesta a todo. Ahora debe estar nadando canal abajo. Supongo que es tontería intentar encontrarla... Llama a la Delegación, ¿quieres, Floyd? Que venga un equipo a ver qué sacan en claro en esta quinta y con esos muertos. Tú regístralos, Chuck.

—Bien.

—Cuando vengan los otros, nosotros iremos a ver al jefe, a darle el informe personalmente... ¡Dios se apiade de nosotros! ¡Nos han matado a Juan Guerrero y a sus dos enlaces en las propias narices!

Floyd Larkin fue al teléfono y efectuó la oportuna llamada, mientras

O'Kelly

registraba cuidadosamente a los tres hombres muertos.

—Juan Guerrero, Joseph Skelton y King Dexter —informó—... Oye, ¿qué es eso?

Se acercó a Simone, cosa que ya había hecho Larkin.

—Un rompecabezas —dijo Simone.

Tenía abierto el maletín, a un lado, sobre el sofá. En las rodillas tenía la caja verde de plástico, abierta, mostrando los dados con cuadrados de fotografías en cada uno de sus seis lados...

O'Kelly

se quedó mirando, estupefacto, aquello.

—¿Esto es lo que venía en el maletín de Juan Guerrero?

—Entre otras cosas sin ninguna importancia aparente.

—¡Vaya...! Menos importancia debe tener ese juego, ¿eh?

—Nunca se sabe. Guerrero ya era mayorcito para andar con estas cosas. Y el tipo pequeñajo se estaba jugando el pellejo por recuperarlo...

—¿Eso?

—Bueno, todo el maletín... Pero esto estaba en el maletín...

—¿Para qué lo quería Guerrero?

—Quizá para distraerse en el avión —rió irónicamente Larkin.

Simone encogió los hombros.

—Si es algo importante, ya lo descubriremos..., supongo. Por el momento, vamos a ver si descubrimos, algo interesante por aquí mientras esperamos a los demás.

No encontraron nada que les llamase especialmente la atención, por lo menos a simple vista. Ahora sería cosa de interesarse por el propietario de la quinta, sus actividades...

Apenas veinte minutos después de haber telefoneado a la Delegación, el equipo de Huellas, así como el forense y una ambulancia, estaban allí.

El agente que dirigía la labor delicada y fundamental de la obtención de huellas y cualesquiera otros datos, miró a Simone y dijo:

—El jefe os está esperando, Roy. Quiere saber inmediatamente qué ha ocurrido aquí.

—Bueno, pues hasta luego. Tendremos que ir a explicárselo, tal como suponía.

CAPÍTULO IV

Cris Patterson se quedó mirando estupefacto a Roy Simone.

—¿Un qué?

—Un rompecabezas.

—¿Un rompecabezas?

—Sí, señor. Un juego de esos que consiste en colocar adecuadamente los cubos hasta componer el cuadro. Véalo.

Lo depositó sobre la mesa, delante del inspector. Éste parpadeó un par de veces todavía antes de abrir la caja y mirar los cubos que formaban el juego.

—Vaya... ¿Has jugado con ello, Roy?

—Sólo un poco —sonrió el

«G-man»

—... Y lo he pasado bien. Lo que me ha llamado la atención es que con los doce dados se obtienen dos fotografías, no una.

—No te entiendo.

—Quiero decir que para jugar con esto hay que colocar la caja con uno de los lados estrechos como base. Entonces, se obtienen dos fotografías de seis dados cada una.

—¿Quieres decir que en una sola cara del juego hay dos fotografías en lugar de una sola que comprenda los doce dados?

—Exacto.

—O sea que el total de fotografías es de una docena exacta.

—Sí, señor. Cada seis caras de esos dados forman una fotografía completa. O sea que si usted coloca los dados en la caja, se encontrará con dos fotografías, una encima de otra, cada una de ellas de seis dados o cubos.

—Entiendo, entiendo... ¿Qué temas tocan las fotografías?

—Parecen postales de ciudades.

—¿Qué ciudades?

—Juraría haber visto un pedazo de la Torre Eiffel.

—París... ¿Crees que París puede tener algo que ver con esto?

—No sé... Tengo en cuenta, señor, que, lógicamente, habrá fotografías de doce ciudades en ese juego. Si nos ponemos a pensar que cada una de las doce puede tener algo que ver con todo esto, acabaremos locos.

Patterson frunció el ceño, acariciándose la barbilla pensativamente. De pronto, movió la palanquita del intercomunicador.

—Agatha, ¿quiere llamar a Simpson, de Claves? Dígale que le espero en mi despacho.

—Sí, señor.

—Gracias.

El inspector cerró el aparato y quedó de nuevo pensativo unos segundos antes de preguntar:

—¿Qué más había en el maletín, Roy?

Simone lo fue sacando todo.

—Pasaporte de Santa Rosa a nombre de Juan Guerrero; una pistola de fabricación extranjera; diez mil dólares; afeitadora eléctrica; paquete de diez cigarros cubanos, en el que faltan cuatro; pequeño estuche con cepillo para dientes, pasta dentífrica, masaje, peine, cortaúñas... Esto es todo, señor.

—¿Hay doble fondo?

—Me parece que no. Pero convendría que Simpson se llevase también esto, a ver qué averiguan en Claves. Y otra cosa, señor: convendría averiguar a quien pertenece la quinta de South Alhambra Circle.

—Envié a Dickers a averiguar eso apenas me llamaste. Pronto tendremos noticias al respecto... Bien: parece que todo lo que llevaba un hombre como Juan Guerrero en el maletín, deberemos considerarlo como normal..., excepto el rompecabezas.

—Tendremos que suponer que precisamente el rompecabezas es lo más importante, ¿no, señor? —musitó O'Kelly.

—No lo sé, Chuck... Es, de momento, lo más insólito. Pero eso puede no significar nada. Quizá la clave..., si es que hay alguna, esté ante nuestras propias narices, mucho más fácil de ver que lo

que pueda decir este rompecabezas.

—Por lo menos —sonrió de lado Floyd— tenemos que admitir que jamás nombre alguno estuvo tan bien aplicado: rompecabezas.

Sonó el teléfono y Patterson atendió la llamada.

—¿Sí...?

—...

—Bien...

—...

—Bien, bien... De acuerdo.

Colgó, explicando:

—Era Golds, de Huellas. Van a regresar de la quinta con todo lo obtenido. Los cadáveres están en la Morgue; serán sometidos a autopsia, naturalmente, aunque maldita si la necesitamos... Repite todo empezando por el principio, Roy.

—Sí, señor... El avión procedente de San Juan llegó a la hora fijada. Juan Guerrero se dirigió directamente al piso superior de la Parking Área y encendió uno de estos cigarros cerca de una de las farolas. Entonces, se le acercó un tipo, lo llevó a un coche donde les esperaba otro, y se fueron los tres. Los seguimos, dando algunas vueltas por Miami...

Una llamada a la puerta interrumpió a Simone. Patterson autorizó la entrada y un hombre alto, seco y calvo, con mirada de águila, entró en el despacho.

—¿Me has llamado, Cris?

—Sí. Llévate todo esto abajo. Pásalo primero por Huellas; que se obtengan fotografías también, de todo. Luego, buscad una clave en cualquier cosa de las que hay aquí, o un doble fondo en el maletín... Lo que sea, Simpson.

—De acuerdo... ¿Qué es esto?

—Un rompecabezas —sonrió Patterson.

—¡Vaya...! ¿Forma parte del lote?

—Así es. ¿Te parece interesante?

—Mucho —brillaron los ojos de águila de Simpson—. ¿Crees que puede haber algo aquí?

—Tú eres el experto, ¿no?

—Seguro —sonrió Simpson—... Si hay algo, lo encontraré.

—Magnífico. ¿Cuánto tardarás?

—Veamos... En Huellas tendrán bastante con... quince minutos.

Luego... Pongamos una hora, Cris. Bueno, tú ya sabes que las posibilidades de claves son ilimitadas en cualquier objeto y, a veces, nos pasamos meses buscando una de ellas. Pero lo que no sepamos en una hora será digno de dedicarle un tiempo ilimitado.

—Ya sé, ya sé... Bien, espero algo dentro de una hora. No parece que esta clave pueda ser muy difícil.

—Eso no es lo malo. Las claves más rebuscadas son siempre las más fáciles de descifrar. Bueno, casi siempre... En cambio, con las sencillas, he llegado a perder la paciencia. Te diré algo dentro de una hora.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Adiós.

Simpson había ido recogiendo cuidadosamente todo cuanto había estado en el maletín. Cerró éste y salió del despacho.

—Sigue, Roy.

—Mmmm... ¡Ah, sí! Los seguimos dando vueltas por Miami hasta que se metieron en la quinta; suponemos que esperaron la noche para ir allá. Floyd y Chuck se quedaron vigilando afuera, y yo salté la verja. Cuando estaba cerca de la casa, el tipo llamado Adolfo Carrasco me amenazó. Quiso golpearme, pero me las arreglé para ganarle por la mano y dejarle sin sentido; lo até de pies y manos, con su cinto y su corbata. Entonces fui hacia la casa dando un poco de rodeo, buscando la oscuridad. Cuando estaba muy cerca de la terraza, oí dos disparos y, en seguida, varios más. Salté a la terraza y me las arreglé para mirar adentro del *living*. Allá había un hombre pequeño y mirada de ratón que, si no entendí mal, se llamaba Santiago: estaba metiendo el rompecabezas en el maletín de Juan Guerrero. Yo quise entrar entonces, pero la puerta de la terraza estaba cerrada. Hice ruido, el tal Santiago me vio y quiso disparar contra mí; me adelanté, le alcancé en un hombro y lo tiré al suelo. Había allá adentro una mujer, que parecía dar las órdenes. No pude verla, estaba fuera de mi radio visual. Ella apagó la luz y disparó contra mí. El llamado Santiago quiso entonces recoger el maletín, pero lo espanté de un balazo. La mujer dijo entonces, cuando disparé de nuevo contra Santiago, que insistía en coger el maletín, que éste ya no importaba mucho... No así, exactamente. Lo que dijo fue que lo dejase, que era mejor marcharse de allí. Me disparó otra vez. Estuve pegado a la entrada como un minuto.

Luego, oí a Chuck y comprendí que él iba a apoyarme. Así que entré. Pero ya no había nadie. Habían escapado antes de que Chuck llegase a la casa. Eso es todo.

Patterson miró a O'Kelly.

—¿Y tú, Chuck?

—De acuerdo en todo con Roy, señor.

—¿Cómo llegaste allí?

—Bueno, Floyd y yo estábamos dando un paseo por delante de la quinta, y nos pareció oír disparos. Pensamos que Roy podría estar en un aprieto, de modo que saltamos la verja para ayudarle si era necesario. Vimos el coche a un lado de la casa, de modo que no nos pareció que nadie fuese a poder escapar fácilmente. Yo fui hacia la casa por delante y Floyd por detrás.

—Bien. ¿Tú, Floyd?

—Sólo me pareció ver algo hacia el canal, señor, y fui hacia allá. Juraría que oí unos chapoteos y eso es todo. Desde luego, no era difícil escapar por allí.

—Está bien —suspiró Patterson—... Entonces, ¿ninguno de vosotros sabe lo que pasó dentro de la casa?

Los tres agentes movieron negativamente la cabeza.

—¿Se os ocurre algo? ¿Habéis pensado en el asunto?

—Los tres comentamos algo mientras veníamos hacia aquí, señor.

—Muy bien, Roy, ¿qué fue ello?

—Parece evidente que Juan Guerrero, Joseph Skelton y King Dexter no eran amigos de la mujer y de Santiago. Éstos querían el maletín y, para conseguirlo, mataron a los tres.

—Todo eso debe llevarnos a alguna conclusión, ¿no?

—Nosotros hemos llegado a dos, señor.

—¿Y son...?

—Una: la mujer y Santiago son enemigos de Juan Guerrero. Dos: podían haber estado en el mismo asunto, pero uno de los bandos le hizo una cochinada al otro.

—¿Cuál a cuál?

—No sé... Tanto pudo ser que Juan Guerrero traicionase a la mujer y ésta se vengase, como que fuese al revés, o sea que Juan Guerrero estaba cumpliendo su parte y la mujer lo traicionó.

—Ya veo... Bueno, ambas conclusiones pueden ser acertadas... O no serlo ninguna de las dos, ¿no creéis?

—En efecto, señor.

—Lo único verdaderamente cierto es que teníamos una pista muy buena y que nos la han quitado.

—Lo sentimos mucho, señor. Nosotros...

—¡Oh!, vamos Roy, no seas niño. Las cosas han sucedido así y eso es todo. No os culpo de nada. Lo hicisteis bien, pero no siempre se pueden dominar los acontecimientos. A mí me habría pasado lo mismo, por supuesto.

Los tres agentes no se consolaron con estas palabras. Las cosas habían salido mal; la culpa no era de ellos, pero... habían salido mal.

—A mí se me ha ocurrido algo, señor. Creo...

Sonó el teléfono.

—Perdona, Roy... ¿Sí...?

—...

—Ya. ¿Qué más?

—...

—¿Y la casa?

—...

—Bien. Continúa con él. Podemos perder un poco de tiempo.

—...

—Hasta luego.

—...

Colgó, encendió un cigarrillo y tomó unas notas en un papel. Luego explicó:

—Era Dickers. La quinta pertenece a un hombre llamado Gurley Hurst, quien la alquiló hace tres semanas a King Dexter, uno de los muertos en la pelea allá. Gurley Hurst, naturalmente, dice no saber nada; pero Dickers le investigará un poco mientras no tengamos cosa mejor que hacer. El coche «Pontiac» que utilizaron King Dexter y Joseph Skelton para recoger a Juan Guerrero en el Miami International, había sido alquilado allí mismo, también hace tres semanas, a una *Rent a car system* llamada Avis, establecida en el mismo aeropuerto, P.

O. Box

cincuenta y nueve, dos mil doscientos cincuenta y siete, y con

oficinas centrales nada menos que para todo el mundo en Roosevelt Field, Garden City, Long Island, Nueva York...

—Todo eso no nos lleva a nada.

—De momento, no, Chuck.

—Ni de momento ni de narices —gruñó

O'Kelly

—. Ni en Avis ni cerca del propietario de la quinta conseguiremos nada.

—Es de temer así... —suspiró Patterson—. ¿Decías que se te ha ocurrido algo, Roy? ¿Qué es ello?

—Pues... Bueno, antes de salir hacia el aeropuerto para esperar a Juan Guerrero, comentamos que sus señas físicas coincidían con las mías, ¿no es así?

Patterson achicó los ojos, ladeó la cabeza y miró a Larkin y a O'Kelly,

y, por fin, nuevamente a Simone.

—Espera un poco, Roy... ¿Qué estás pensando?

—Yo podría...

—¿Ser Juan Guerrero?

—Bueno...

—Eso es muy peligroso. No sólo hay que contar con el peligro de que conozcan personalmente o por fotografías a Guerrero, sino que no sabrías por dónde empezar.

—Un buen lugar sería la quinta de South Alhambra Circle...

—Aquel lugar está marcado. ¿Qué esperas conseguir yendo allá?

—No lo sé exactamente. Pero de algún punto hemos de partir.

Cris Patterson miraba atentamente a Roy Simone. Sacó una de las fotografías de Juan Guerrero y la estuvo mirando, dirigiendo breves y rápidas miradas al agente especial que tenía delante. Moviò pensativamente la cabeza, guardó las fotografías y abrió el intercomunicador.

—Agatha, ¿quieres traernos café por favor?

—En seguida, inspector.

Patterson cerró, se pasó la mano por la cara, y acabó rascándose la coronilla.

—¿Y bien, señor? —susurró Simone.

—Demonios, Roy, no sé...

—Puede salir bien.

—No te pareces a Juan Guerrero. Entiéndeme: es cierto que si se te ha de describir por rasgos esa descripción sería idéntica para Juan Guerrero, pero si lo conocen...

—Estoy tan moreno como él y hablo español tan bien como nuestro idioma, señor.

—Es muy peligroso —insistió Patterson—. En primer lugar, no sabes adónde dirigirte...

—La quinta de...

—Olvídala. Te olvidas del jaleo que ha habido allí; es posible que las siguientes conexiones de Juan Guerrero estén ya al corriente de todo eso...

—Pero no están al corriente respecto al paradero de Guerrero.

—Guerrero está muerto, y...

—Exacto, señor —sonrió Simone—. Eso que está usted pensando.

—Nadie sabe si Juan Guerrero ha muerto o consiguió escapar... ¿Es eso, Roy?

—Sí, señor.

—Te olvidas de aquella mujer, del tal Santiago...

—Ellos han demostrado ser enemigos, por lo que sea, de Juan Guerrero y de sus actividades o bando. No irán a contarle nada a los demás personajes del bando de Guerrero. Y yo tengo el maletín.

El inspector volvió a pasarse la mano por la cara, para acabar, también ahora, rascándose la coronilla. Se levantó, fue hacia la ventana y estuvo un par de minutos mirando el tráfico de Biscayne Boulevard, con las manos a la espalda y moviendo mucho los dedos.

Al cabo de esos dos minutos se volvió porque la puerta del despacho se abrió, empujada por su secretaria, una monada que sonrió cuando

O'Kelly

le guiñó un ojo con mucho aspecto de complicidad. La muchacha dejó la bandeja con el café sobre la mesa y miró al inspector.

—¿Desea algo más, señor?

—Nada. Gracias, Agatha.

La secretaria salió. Patterson esperó a que cerrase la puerta. Fue entonces a su mesa, se sentó, se echó azúcar en el café y dijo:

—¿Alguien quiere más azúcar?

—Yo... —Se relamió Floyd—. Demonios, me pregunto cómo

soportan el café sin azúcar.

Patterson, tras un sorbo de café había descolgado el teléfono para pedirle a su secretaria que le pusiese con Huellas, siempre bajo la expectante mirada de los tres agentes.

—¿Eres tú, Golds?

—...

—¿Tienes algo importante que decirme?

—...

—Sí... Sí, sí... Sigue...

—...

—Entiendo... ¿Y de Balística?

—...

—Muy interesante.

—...

—De acuerdo. ¿Tienes ahí la documentación de Juan Guerrero? Sí, bueno, el pasaporte que había en el maletín que te ha llevado Simpson.

—...

—Magnífico. Sí, envíalo a Washington, hay que apurar las últimas posibilidades. Solicita respuesta inmediata..., como siempre, claro. Bueno, atiende: quiero que envíes el pasaporte de Juan Guerrero a Identificación...

—...

—Ah, ya hace rato que lo tiene Simpson, con el maletín. Bien, pues llama a Simpson y dile que lo envíe a Identificación. Sólo ese pasaporte, de momento...

—...

—Yo llamo ahora a Identificación. Tú haz solamente lo que te he dicho. Sí... Bien. Adiós.

Pidió ahora comunicación con Identificación.

—¿Charlie? Soy Cris. Oye, te van a llevar el pasaporte de un tal Juan Guerrero, de la República de Santa Rosa. Quiero que hagas algo: quítale la foto y pon la de Roy Simone... Sí, hombre, una falsificación, ¿qué demonios, si no?

—¿...?

—Saca fotocopia de Simone en Archivos de Personal. Quiero algo perfecto, Charlie.

—¿...?

—Una hora.

—...

—¡Una hora, Charlie! Ni un minuto más... Bueno, pues trabajad aprisa, pero hacedlo bien. Quiero que dentro de una hora Roy Simone pueda engañar al más avezado agente, con ese pasaporte, si fuese necesario. ¡Ya sé que es difícil!

—...

—No digas tonterías. Llegar a la luna es aún más difícil... y se ha conseguido, ¿no? ¿Cuento con ello?

—...

—Está bien, inténtalo... Y gracias, Charlie.

Colgó, acabó el café y miró a sus agentes.

—Golds, de Huellas, dice que los tipos llamados Joseph Skelton y King Dexter llevaban documentación falsa. Sus huellas no constan en nuestros archivos, de modo que serán enviadas a Washington. Son, por tanto, elementos no identificados, de procedencia desconocida.

—¡Je, desconocida...! —exclamó Larkin.

—Podemos sospechar, pero no asegurar, Floyd —sonrió Patterson—. Veremos qué dicen desde Washington. Juan Guerrero no es problema, pues está bien identificado. Avisaremos a San Juan para que envíen un hombre a Santa Rosa, a investigar a fondo a Guerrero, su vida, sus amigos, sus últimas actividades... Las huellas obtenidas en el maletín corresponden a Guerrero, Dexter, Roy, y unas desconocidas, que supondremos pertenecen al llamado Santiago..., y que también serán enviadas a Washington. Nada más de Huellas por el momento. Balística informa que ninguna de las balas encontradas en los cuerpos de Guerrero, Skelton y Dexter pertenecen a las pistolas conseguidas, lo cual me parece muy natural, pues no iban a matarse entre ellos. La pistola de Adolfo Carrasco no ha sido disparada hace tiempo; tiene huellas, y también van camino de Washington. De acuerdo, Roy: serás Juan Guerrero.

—Eso oí. ¿Cuándo empiezo?

—Ya me oíste hablar por teléfono. Si Charlie se porta bien, dentro de una hora o poco más podrás ser Juan Guerrero... para algunos. ¿Sugieres algo?

—Que se levante la vigilancia en la quinta de South Alhambra Circle.

—Claro...

De nuevo Cris Patterson utilizó el teléfono. Luego, suspiró una vez más y se repantigó en el sillón.

—¿Más café, muchachos?

Los tres agentes negaron.

—Bien... Pues fumemos y esperemos —miró su reloj—. Son las diez cuarenta... Espero que Simpson no tarde más allá de las once en decimos algo sobre el rompecabezas...

CAPÍTULO V

—¿Y bien, Simpson?

—Aquí te lo devuelvo todo, menos el pasaporte de Juan Guerrero.

—Ya sé... ¿Hay algo en todo esto?

—No.

—Vaya...

—Escucha, una hora es una miseria de tiempo... Juraría que en los diversos objetos del maletín no hay clave ninguna. Ni siquiera en los billetes, que han sido examinados de todas maneras... Nada. Ni un solo indicio de clave. Pero si podemos seguir estudiando todo esto, quizá...

—No hay tiempo. ¿Y el rompecabezas?

—Muy interesante. Es muy posible que haya alguna clave en él, pero en una hora no la descubre nadie: me apuesto la vida.

—Pues no hay tiempo para más, porque Simone se va a llevar ese maletín dentro de poco. Bien, supongo que algo podrás decirnos respecto a ese rompecabezas.

—Seguro. Empecemos por el principio. Veamos: el juego está compuesto por doce cubos idénticos en peso, forma y tamaño. Los doce cubos o piezas, son de concho macizo. Si te parece los partimos, y quizá...

—Ya te he dicho que no hay tiempo de más. Sigue.

—Bien. Doce piezas de corcho macizo... Eso es. Cada una de esas piezas, o cubos, o dados, tiene pegados seis trozos de fotografía, una en cada cara; todos sabemos que el cubo tiene seis lados, ¿no es así?

—¿Nos vas a dar ahora clase de geometría? —Gruñó Patterson.

—No —sonrió Simpson—. Veamos... Eso es: puesto que cada

cubo tiene seis lados, parece que lo lógico sería que con este juego se pudiesen obtener seis resultados, o sea, seis fotografías, si, como también parece lógico, se utilizasen las doce piezas para la obtención de cada fotografía. Pero no es así. El juego, en realidad, está dividido en dos, cada uno de ellos de seis piezas. Por lo que se obtienen, en total y exactamente, doce fotografías. Eso es todo en cuanto al mecanismo. Y todo en cuanto a todo.

—¿Qué quieres decir?

—No parece que haya nada especial en las fotografías. Cada uno de los setenta y dos cuadrados de fotografías que suman las que contienen cada una de las doce piezas... Seis por doce, setenta y dos..., ha sido examinado detenidamente: ultravioleta, equis, lupa de mano, microscopio... Son fotografías corrientes.

—Está bien. ¿Qué clase de fotografías?

—Muy buenas, tipo postal. El papel es magnífico, el color estupendo... Todo muy bueno, perfecto. El fotógrafo que haya tomado eso, y los laboratorios donde hayan sido acabadas son de primerísima clase.

—¿Qué contienen esas fotografías?

Simpson parpadeó.

—Ya lo he dicho: postales. Simples postales de ciudades.

—¿París, por ejemplo?

—Está París, Bien..., si nosotros no perteneciéramos al FBI, y esto no fuese nuestro trabajo, yo me limitaría a considerar este juego como..., como un juego entretenido y cultural.

—¡Cultural!

—Cada una de esas fotos contiene lo más representativo de cada ciudad. Así, por ejemplo, la Torre Eiffel, de París; la Torre de Londres, de Inglaterra; el Pan de Azúcar, de Río de Janeiro...

—¿Cuáles son exactamente esas ciudades? ¿Lo sabéis?

—Claro. Te lo he apuntado —mostró el papel, que leyó—: Roma, Estambul, Londres, Río de Janeiro, Manila, Caracas, Beirut, París, Berlín, Lisboa, Atenas... y Flamingo. Flamingo, señores.

—Muy bien: Flamingo. ¿Por qué lo dices en ese tono?

—No sé... Nos ha parecido que no es una ciudad cuya importancia esté a la altura de las demás.

—¿Y qué?

—También es la única que pertenece a Estados Unidos. Podían

haber puesto Washington, San Francisco, Nueva York... o la misma Miami. Pero han fotografiado Flamingo.

Patterson y sus agentes se miraron.

—¿Qué más, Simpson? —preguntó calmadamente el primero.

—La foto de Flamingo no expresa nada absolutamente representativo de esa ciudad.

—¿Qué expresa?

—Un alojamiento para turistas: *Flamingo Lodge*.

Patterson volvió a rascarse la coronilla.

—¿Habéis encontrado cualquier otro detalle que señale Flamingo de una manera especial?

—No.

—Bueno. ¿Qué más?

—Hemos intentado componer alguna palabra con las iniciales de las doce ciudades, así como con las letras finales, la o las dos intermedias; hemos intentado tomar de cada una la letra que no esté en las demás ciudades; hemos jugado con los nombres de Eiffel, Mezquita, Pan de Azúcar,

Big-Ben...

—¿Habéis conseguido algo?

—¿En una hora y después de hacer todo lo demás? —Se sobresaltó Simpson—. ¡Demonios, Cris...!

—Está bien, está bien, era sólo una pregunta.

—Aparte de que excepto las letras H, K, Q, V, X, W, Y y Z,

las demás intervienen en los nombres de esas ciudades. Sacar algo de ahí, Cris, sería labor de muchas horas.

—Ya lo supongo. Y además, podría estar, lo que fuese, en uno cualquiera de los muchos idiomas existentes, o lenguas muertas... ¿No es eso?

—Desde luego.

—Y, sin embargo, la solución tiene que ser muy sencilla —suspiró otra más Patterson—. O, por lo menos, el manejo de este juego.

—Si es que lo tiene —recordó Simpson.

—Claro... Quizá estamos perdiendo el tiempo con esto... Bien, Simpson: ¿hay algo más?

—En una hora, hemos hecho milagros, Cris.

—Gracias. Eso es todo, de momento. Si más adelante podemos disponer de este rompecabezas, te lo enviaré de nuevo.

—Será un placer meterme con él. Hasta luego a todos.

—Adiós...

Simpson salió del despacho. Roy Simone estaba «jugando» con el rompecabezas. Consiguió rápidamente la fotografía correspondiente a Roma.

—Es muy fácil... —musitó—. Cualquier hombre de mirada ágil puede componer en un minuto cada una de estas fotografías. Tiene ayuda por todas las partes: el color, la diferencia entre unas y otras, lo clásico de cada una de ellas...

—Se supone que este juego es para niños —convino Patterson—. Y quizá estamos haciendo el tonto a lo grande, Roy.

—Quizá. Veamos si consigo la de Flamingo.

—Te llama la atención, ¿eh?

—Flamingo está solo como a setenta y cinco millas de Miami... Y aquellos tipos tenían un buen coche. Si además tenemos en cuenta que el camino a seguir es por la nacional Uno y luego por la Veintisiete estatal de conexión, podemos calcular que no se tardaría mucho más de hora y media en llegar desde Miami a Flamingo, una vez fuera de la ciudad. Pongamos... dos horas.

—¡Un momento! —exclamó

O'Kelly

—. ¿Y la caja? ¡La caja del rompecabezas! ¡Simpson no ha dicho nada sobre...!

¿Existe la telepatía? Lo cierto es que la puerta del despacho se abrió en aquel momento y apareció la calva de Simpson.

—Olvidé lo de la caja de plástico verde opaco: nada. No hay nada en ella... Y no necesitamos examinarla más para estar seguros. *Bye, bye.*

Cerró la puerta de nuevo.

O'Kelly

frunció el ceño y los demás se echaron a reír.

—Bueno: ¡aquí tenemos Flamingo! —exclamó Simone.

Patterson, Larkin y

O'Kelly

se inclinaron sobre la fotografía. Un lugar encantador. En primer término, tres o cuatro palmeras, que crecían en unos prados verde

vivos, muy bien recortados. Entre ellas, pero todo muy espacioso, tres o cuatro palmeras enanas, cada una de una clase. Al fondo, la *Flamingo Logde*, mostrando un tono rosado suave; planta y piso, sólo un piso; sin duda, aquello eran pequeños apartamentos, que daban a una larga y poco ancha terraza común, cerrada solamente por tres tubos de hierro que hacían de baranda; en el piso inferior sólo había apartamentos en una mitad, distribuida a ambos lados del chato edificio: la otra mitad, sostenida por columnas, estaba destinada, según parecía, a garaje descubierto por delante y detrás. Un cielo muy azul, unas nubes muy bien contrastadas... Sí: un lugar encantador.

—Buen lugar para descansar —opinó Patterson.

—Con una linda chica —sumó

O'Kelly

—. Me da la impresión de varios *bungalows* juntos. Demonios, ¡qué bien se estaría aquí...!

—Tienes razón —aprobo Simone—. Por eso, me largo a Flamingo.

—¿Que te largas a...?

—Un momento, Roy. ¿Crees que allá vas a conseguir algo?

—¿Quién sabe?

—¿Qué estás pensando exactamente?

—Pues que supongo que hay en Flamingo algo más representativo que este albergue. No, encaja con lo demás, está cerca de Miami... Me voy a Flamingo, jefe. Y además, me alojaré en el *Flamingo Lodge* como Juan Guerrero.

—Roy, cuidado. No es cosa de broma...

Roy Simone sacó la pistola del maletín, la examinó, repasó la carga, y le dio un par de vueltas a estilo pistolero del Oeste, con el dedo pasado por el guardamonte.

—Yo no voy en plan de broma, señor.

—Pero..., ¿y la quinta de South Alhambra Circle?

—Pueden vigilarla Floyd y Chuck.

—¡Espera, loco! —exclamó Larkin—. ¡No habrás pensado ir solo allá!, ¿eh?

—Completamente solo, Floyd.

—Ni hablar de eso —masculló Patterson—. Floyd y Chuck se irán contigo. Es una orden, Roy. Ya pondré a otros dos agentes a

vigilar la quinta.

Simone vaciló.

—Hagamos una cosa. Yo salgo esta noche, en cuanto esté listo el pasaporte de Guerrero, falseado con mi propia fotografía. Ellos dos pueden llegar mañana por la mañana, a primera hora, como dos alegres pescadores de caña en vacaciones... Hay muy buena pesca en Flamingo.

Patterson pareció vacilar.

—De acuerdo, Roy.

* * *

Larkin y

O'Kelly

le miraron un tanto hoscamente, pero no dijeron nada.

Simone, sí:

—Bien: sólo falta ese pasaporte. Saldré en seguida, con un coche alquilado. ¿Correcto?

—Correcto, Roy.

Roy Simone salía de Miami hora y media después, hacia las doce de la noche, conduciendo un coche alquilado y llevando el maletín y el pasaporte del fallecido Juan Guerrero convenientemente falseado.

La pistola la llevaba metida en la cintura, hacia el costado izquierdo, pues había creído conveniente prescindir de la funda axilar de breves atalajes que utilizan en el FBI como último modelo.

A veces, cualquier pequeño detalle podía echarlo todo a perder. Si realmente existía algún agente extranjero, detrás de todo aquello, y se preocupaban de falsear bien un pasaporte, no era cosa de presentarse con funda axilar tipo

«G-man»...

Lo cual no era, precisamente, un pequeño detalle.

Pensó que se estaba complicando peligrosamente la vida. Al fin y al cabo, era seguro que alguien había matado a Juan Guerrero..., y no por accidente. Parecía que Guerrero corría ciertos riesgos... que ya se habían cumplido. Si aparecía otro Juan Guerrero..., ¿acaso no era probable que sucediese lo mismo?

—Demonios...

Pero ya estaba hecho. Él era ahora Juan Guerrero, iba a

Flamingo a ver qué pasaba en el albergue llamado *Flamingo Lodge*, y eso era todo.

Eso era todo.

CAPÍTULO VI

Hacia las dos de la madrugada, Roy Simone llegaba a Flamingo, y, pocos minutos después, al albergue *Flamingo Lodge*. No pudo ver demasiado bien si el aspecto del lugar correspondía exactamente a la foto-postal, pero sí se dio cuenta de que los detalles coincidían. Por la mañana podría ver si todo resultaba tan bonito a la luz del sol como en la postal del juego rompecabezas.

Había un pequeño pabellón a la izquierda del albergue, mirando por el frente; y una luz roja que señalaba la puerta. Simone detuvo el coche allí, se apeó, echó un vistazo a su alrededor, sin ver nada que llamase su atención de modo especial, y entró en el pabellón.

Aquello, en realidad, era un motel. No tan libre, sino más bien... sociable. No parecía que se buscase el aislamiento, la discreción, más que en el tono justo de personas juiciosas que van allí a descansar.

Y el pabellón, por supuesto, era la recepción del albergue. Había un hombre sentado junto al mostrador, en un sillón de junquillos, leyendo un periódico junto a una lámpara de pie, de luz discreta. Alzó la cabeza, miró a Simone y sonrió, poniéndose inmediatamente en pie.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches. Quisiera un apartamento. Mi nombre es Juan Guerrero.

—Están todos... ¿Juan Guerrero? Perdona un momento...

—¿Cómo no?

El encargado del *Flamingo Lodge* pasó detrás del mostrador y sacó el libro-registro. Lo abrió, le echó un vistazo y volvió a sonreír cortésmente.

Señaló con un dedo.

—Sí... Aquí está su reserva.

—Mi reserva —musitó Simone.

—Sí, señor. Pero... Bueno, parece que debía llegar usted mañana, señor Guerrero.

—Oh, sí, ya sé... Bien, tuve que desplazarme de Miami a cierto asunto y me las arreglaré para quedarme ya aquí. ¿No va a poder ser?

—Por supuesto que sí. Está todo preparado. ¿Tiene su equipaje en el coche, señor?

Simone alzó el maletín, sonriendo.

—Me temo que éste es todo mi equipaje por hoy. Posiblemente, el resto llegará mañana.

—Muy bien —el hombre tendió una pluma a Simone—. ¿Quiere firmar, por favor?

El

«G-man»

firmó en el casillero que indicaba que Juan Guerrero se alojaba en el apartamento D de *Flamingo Lodge*, reservado dos fechas antes.

Mientras, el conserje había descolgado una llave. Miró la firma, y Simone pidió al cielo que no le pidiese en aquel momento el pasaporte. Era un buen agente especial, pero sus falsificaciones resultaban catastróficas. Cada uno, lo suyo.

Pero el conserje aceptó como buena la firma y la personalidad del recién llegado. Seguramente atendería el resto por la mañana. Muy considerado.

Con la llave de la cual pendía la plaquita en una mano, el hombre se dispuso a guiar a Simone al primer y único piso del albergue.

—Le llevaré...

—No se moleste. Encontraré el apartamento, supongo. Comprendo que éstas no son horas de llegar... Por favor, continúe leyendo su periódico.

El conserje parpadeó, mirando al

«G-man»

con simpatía.

—Muy amable, señor. Que descanse.

—Lo necesito —sonrió Simone.

Subió al primer piso. Había dos pantallitas de color luz roja en el

pasillo. Y, naturalmente, encontró en seguida el apartamento D, Metió la llave en la cerradura, abrió, entró y cerró a sus espaldas, después de localizar el interruptor aprovechando la luz del pasillo.

Lo primero que hizo fue meter el maletín en el armario, sonriendo irónicamente. Seguramente, el conserje se extrañaría no poco si le viese moverse con la agilidad y energía de un hombre que, lo que menos parecía necesitar era descanso.

Luego, recorrió el apartamento. Constaba de un solo dormitorio, muy espacioso, un cuarto de baño, un *living*, todavía más espacioso que el dormitorio, y la terraza, a la cual sólo podía salirse por el *living* empujando una puerta no demasiado ancha de cristal traslúcido de color marrón con un recuadro en blanco. Todo nuevo, impecable, moderno... Todo con la sencillez que una persona de buen gusto puede comprender lo que ha costado conseguir. Confortable, sencillo... y caro.

Simone se preguntó cuántos días hubiese podido permanecer allí de vacaciones con su sueldo de agente del FBI, y otra sonrisilla irónica pasó por sus labios.

Apagó la luz y salió a la terraza. Oyó entonces, con toda claridad, el rumor del mar, y vio la luz blanca de la luna sobre las espumosas olas; la playa debía estar a cien yardas, o poco más.

No había luz en ninguno de los apartamentos que daban a aquella terraza. O dormía todo el mundo, o, los que faltaban, lo estaban pasando bien en Flamingo.

Regresó al interior del apartamento, se sentó en un sillón sin dar la luz, y encendió un cigarrillo. Naturalmente, había leído los nombres de las personas alojadas en el *Flamingo Lodge*, pero ninguno de ellos le sugería nada. No los conocía. Posiblemente, alguno de aquellos nombres eran tan falso como los de King Dexter y Joseph Skelton... ¿Quiénes debían ser aquellos dos tipos?

Bien: ya estaba allí. Los acontecimientos, como siempre, se irían sucediendo solos.

Apagó el cigarrillo, fue al dormitorio y se desnudó quedando en calzoncillos. Ése era uno de los inconvenientes de no llevar equipaje. Pero si el verdadero Juan Guerrero dormía en calzoncillos, él también podía hacerlo.

Metió la pistola bajo la almohada y se tumbó en la cama. Bueno, unas cuantas horas de sueño no iban a perjudicarlo...

Abrió los ojos cuando notó el contacto en la sien. En seguida, tal contacto desapareció.

—No se mueva —susurró una voz femenina.

Y Simone no se movió. Estaba demasiado ocupado mentalmente, diciéndose que aquello era vergonzoso: ¡se había dormido tan profundamente que había tenido que despertarle la persona que había entrado en su apartamento!

Alzó los ojos, de lado, y vio la silueta femenina. La claridad de la luna llegaba muy débilmente hasta allí, pero bastaba para delatar el suave brillo de la pistola.

—¿Quién es usted? —preguntó Simone, tranquilo.

—Ruede un poco y muy despacio, hacia el otro lado de la cama. Sin meter las manos bajo la almohada.

Le estaban hablando en español. Y Simone frunció el ceño. Aquella voz...

—¿Qué está esperando?

Obedeció. Supo que la mujer había encontrado la pistola bajo la almohada.

—¿Puedo volverme ya?

La luz de la mesita de noche pegada a la pared se encendió, y Simone guiñó los ojos, deslumbrado.

—Vuélvase del todo. La luz no le hará daño.

Acabó de girar, siempre sobre la mesa, y miró a la mujer. Se quedó estupefacto. Era el bombón del aeropuerto, la preciosa criatura de ojos color miel que había llegado en el mismo vuelo que Juan Guerrero. Ahora llevaba un vestido oscuro, muy ligero, dejando descubiertos los hombros y la parte superior del pecho. Simone pensó, todavía aturdido, que jamás había visto una criatura tan fina y delicada como aquélla. Los ojos eran enormes; la boca, una delicia... Toda ella...

Bueno. Lo desagradable de ella estaba en sus manos. En la derecha tenía su propia pistola; en la izquierda, la de Simone. Aquello lo afeaba todo.

—Levántese.

Sí.

Sí, señor. Además de ser el bombón del aeropuerto, era la mujer que había estado con Santiago, el pequeño hombrecillo, en la quinta

de South Alhambra Circle, en Miami. No era fácil olvidar aquella voz.

Tampoco era fácil olvidar que aquella criatura había disparado varias veces contra él desde donde no podía ser vista. Y que luego se había escapado por el canal...

—Le he dicho que se levante.

Simone subió un poco más la sábana.

—Es que... estoy en calzoncillos.

Los ojos color miel parecieron dejar tan dulce tono para tomar el del vinagre, según le pareció a Simone.

—Levántese o lo mato.

El

«G-man»

sabía cuándo una cosa iba de broma o de veras. Así que apartó la sábana y se levantó, despacio, mientras la mujer retrocedía un par de pasos, y siempre manteniendo la distancia conveniente para dominar la situación sin riesgos.

Simone quedó en pie, pensando que su postura y su indumentaria era muy poco airosa. A saber lo que se diría por ahí si luego encontraban a un agente del FBI muerto en calzoncillos.

Carraspeó.

—¿Satisfecha? —Gruñó.

—No del todo. Lo estaré cuando me entregue el maletín. Hágalo.

—¿El qué?

—Entregarme el maletín.

—Ah...

—Y no haga ruido: se está jugando la vida.

—Oh, claro...

Se dio cuenta entonces de que ella estaba descalza, y dedujo rápidamente los motivos, muy evidentes, por cierto. El silencio. Debía haber entrado por la terraza, y allá se había descalzado... Y si lo había despertado era porque una cosa es caminar descalza hacia un hombre que duerme, y otra es dedicarse a registrar la habitación con ese hombre sin controlar. Era mucho más práctico despertarlo, dominarlo, sin molestias de andar buscándolo de un lado a otro...

—Bien: démelo.

—Está en el armario.

—Pues sáquelo de ahí.

—Muy bien.

Fue hacia el armario, sacó el maletín y lo tendió a la muchacha.

—Déjelo sobre la cama; luego, apártese.

Simone obedeció, gruñendo:

—Para esto no era necesario que me despertase de tan malos modos, señorita —vio la hora en su reloj, que estaba sobre la mesita—. Y menos, a las cinco cuarenta de la madrugada, digo yo. Estaba en el mejor de los sueños. Sepa...

—Cállese ya, papagayo.

Roy Simone frunció hoscamente el ceño, pero se calló. Ella estaba abriendo el maletín, tras haber dejado la pistola del federal junto a él, sobre la cama. Lo abrió, metió la mano dentro, siempre mirando a Simone..., y se quedó inmóvil, como petrificada. Por una fracción de segundo, insuficiente para intentar nada, los hermosos ojos se desviaron hacia el interior del maletín.

Inmediatamente, la mirada, de nuevo fija en Simone, volvió a parecerle a éste no poco avinagrada.

—¿Dónde está?

—¿El qué?

—El rompecabezas.

Roy Simone sonrió irónicamente.

—¿No está en el maletín? —preguntó, muy suave.

—Parece que no —dijo secamente ella.

—Vaya...

—¿Dónde está? Lo quiero ahora, señor... ¿Quién es usted?

—Juan Guerrero.

—¿Qué me dice? —Ella sonrió, y aunque no sin dureza, a Simone le pareció una sonrisa fantástica—. ¿De manera que usted es Juan Guerrero?

—Exacto.

—Magnífico... Realmente magnífico: hemos llegado a la era en que los muertos resucitan.

—Nunca he estado muerto, señorita... ¿Quién es usted?

—Mmm... ¿Le parece bien Marilyn Monroe? Ya que estamos en la era en que los muertos resucitan...

—Pero la Monroe era rubia... ¿No? Y usted es una morenaza que me río yo del pavo del Día de Gracias.

—Señor... Guerrero: le voy a matar si no me entrega el

rompecabezas ahora mismo.

—No lo tengo.

—Le concedo tres segundos. Uno.

—Está perdiendo el tiempo.

—Dos.

—Hagamos un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Quizá lleguemos a un acuerdo usted y yo, señorita. Usted no ha creído que yo sea Juan Guerrero por una razón muy sencilla: lo mató usted hace unas horas en una quinta del Coral Gables, Miami. ¿Exacto?

—¿Qué más?

—Dígame por qué mató a Juan Guerrero. Cabe en lo posible que usted y yo estemos en el mismo bando. Y, en tal caso, ¿por qué pelear entre nosotros?

—Es usted divertidísimo.

—Vaya, gracias...

—Lo digo porque todos los hombres que generalizan respecto a las mujeres, creyendo que todas son tontas, me parecen divertidísimos.

—Un momento: yo no la considero tonta, encanto...

—Entonces, cálese. Conozco muy bien el juego, señor Guerrero Segundo. Muere un Juan Guerrero y se nombra otro Juan Guerrero, que tiene que seguir el camino marcado. Pero señor Juan Guerrero Segundo, yo tengo que impedirlo. ¿Comprende esto?

—No. Le aseguro que no comprendo nada.

—Bien... Dígame quién es usted realmente, entonces, y quizá, como usted dice, lleguemos a un acuerdo.

Simone vaciló. Quizá los dos estaban haciendo un poco el estúpido, pero quizá lo haría él sólo si decía que pertenecía al FBI.

—Escuche, señorita. El trato...

—Vuélvase.

—¿Eh?

—Que se vuelva. Vamos, señor Guerrero Segundo, vuélvase. Quiero examinar con más calma el maletín.

Simone se volvió.

—Escuche, ese maletín la va a decepcionar si yo no colaboro en...

Lo comprendió un segundo más tarde. Empezó a volverse, dispuesto a plantar cara a la situación, pero la muchacha había lanzado ya el golpe, con la pistola. No le acertó en la cabeza, debido a la vuelta iniciada, pero sí en un hombro, cerca de la base del cuello.

Roy Simone se preguntaría más tarde cómo no había lanzado un alarido al sentir aquel horrible dolor en el hombro; sin duda, porque comprendió en aquel momento, instintivamente, que si bien la muchacha se conformaba con golpearlo, quizá optase por matarlo si había jaleo.

Cayó de rodillas, pero lanzando un furioso manotazo hacia la muchacha. Agarró la parte superior del vestido y cuando sus rodillas tocaban el suelo la tela se rasgaba en su mano, hacia abajo. Y un instante antes de recibir el segundo golpe, ahora en plena frente, Roy Simone pudo ver los más finos y delicados encantos femeninos que jamás soñara. Pero aquel segundo golpe le alcanzó mucho mejor que el primero; resonó en su cabeza como un cañonazo y pareció que todas las estrellas del Universo se reunían en su momento de explosión ante sus ojos, en su cerebro... El tercer golpe lo recibió cuando ya estaba viajando hacia el reino de las sombras.

Cayó hacia delante, como muerto, pero crispada todavía su mano en la tela que había arrancado del vestido de la muchacha, que tuvo que seguir el descenso inclinándose, so pena de que el corpiño fuese arrancado definitivamente.

Luego, ella separó los pequeños y finísimos sujetadores a presión de la tela del vestido, se convenció de que éste no podía ser arreglado allí en aquel momento, y los volvió a colocar. Se cubrió los senos, sosteniendo la ropa con una mano, que al mismo tiempo empuñaba la pistola, y se dedicó a registrar concienzudamente el maletín con la otra.

Lo fue sacando todo. Se aseguró de que el maletín quedaba vacío, y que no tenía doble fondo. Entonces, lo primero que revisó fue el pasaporte de Juan Guerrero. Vio la foto de Simone allá y frunció el ceño.

Luego, miró al desvanecido
«G-man»
hoscamente.

—Conque no eres Juan Guerrero Segundo, ¿eh?... ¡Cuánta prisa os habéis dado en remplazarlo! Y eso es lo extraño...

Se quedó mirando a Simone con el ceño fruncido. Lo había apuntado con la pistola, a la cabeza. Pero algo nuevo debió pensar, ya que no disparó. Quizá, lo que pensó fue que aquélla no era una quinta particular, más o menos aislada y deshabitada, sino un albergue lleno de gente... Y su pistola no llevaba silenciador. Tampoco lo llevaba la del falso Juan Guerrero.

—Una pistola de fabricación extranjera... Pero lo importante no está aquí: el rompecabezas. Y no puedo matarte sin tener la seguridad de que consigo el rompecabezas... Tú serás mi rompecabezas particular, Juan Guerrero Segundo.

* * *

Roy Simone parpadeó. Abrió un ojo. Un rayito de sol se deslizaba, casi horizontal, por delante suyo, fuera del dormitorio, en el *living*. El día había llegado ya, claro, luminoso.

Sabía lo que ocurriría en cuanto moviese la cabeza. Por mucho cuidado con que la moviese, sucedería.

Y sucedió.

Un dolor espantoso, terrible, que parecía señalar la presencia de un taladro en su interior, funcionando a toda marcha, furiosamente.

Peros tenía que moverse, eso era inevitable. Como las otras veces que le había ocurrido algo parecido, ahora tenía que ponerse en pie, recuperarse, continuar trabajando... Llegó al cuarto de baño, se miró al espejo del lavabo y torció el gesto: estaba pálido, descompuesto el rostro, con un enorme chichón en la frente y... en calzoncillos.

—Por lo menos, estoy vivo —añadió desganadamente—: Hurra.

Se quitó los calzoncillos y se metió en la gran bañera, casi con pretensiones de piscina, de mármol rosado y adornada con plantas en el borde que se unía a la pared.

Empezó a sentirse mejor cuando llevaba tres minutos inmóvil bajo el chorro abundante de agua fría, que caía directamente en la cabeza para luego deslizarse por el cuerpo. Luego, se echó en la bañera cómodamente, y dejó que el agua continuase cayendo sobre él hasta que la bañera estuvo casi llena. Para entonces, el día era ya un hecho absolutamente consumado, y el rayo de sol venía de más

arriba.

Salió de la bañera, se secó, se puso los calzoncillos, prenda a la que, de pronto, miraba con antipatía, y salió del cuarto de baño, en dirección al dormitorio, que estaba revuelto... en lo poco que podía estarlo.

Miró su reloj.

Las seis y treinta y cinco minutos. Calculando el tiempo que había estado en la ducha, dedujo que había estado desvanecido no menos de veinte minutos. Malo. Demasiado tiempo. De buena gana se habría tendido a dormir un rato, pero sabía que aquello era lo peor que podía hacer, de modo que se dedicó a arreglar el desorden del dormitorio.

Estaba claro que la criatura preciosa había querido luego encontrar el rompecabezas por sí misma, y ese pensamiento consiguió que Simone se sintiese un poco victorioso. También estaba claro que si la nena aquélla no había registrado el resto del apartamento era porque estaba amaneciendo, y si tenía que largarse por la terraza de día ya, podía tener dificultades. Algunos pescadores madrugaban mucho...

Cuando se dedicó al maletín notó inmediatamente que faltaban dos cosas: los diez mil dólares y la pistola.

—Buen botín, bella flor.

Realmente, ella había ganado la partida, aunque no hubiese encontrado el rompecabezas. O, por supuesto que nadie lo encontraría en el *Flamingo Lodge*...

De pronto, Simone recordó los desperfectos que había causado en el vestido de la muchacha, y la visión que tales desperfectos le habían proporcionado.

—Demonios, demonios, demonios... Ni trampa ni cartón. ¡Qué maravilla! Bueno, quizá el encanto y yo volvamos a vernos... con la suerte cambiada.

Cogió la afeitadora eléctrica y demás cosas de aseo y regresó al cuarto de baño. Se sentía casi completamente despejado, pero todavía con dolor de cabeza, muy leve.

El chichón de la frente tenía un feo color morado y abultaba lo suyo. Además, tenía otro en un lado de la cabeza, entre el cabello; al menos, aquél no se notaba. También le dolía el hombro.

—Una calamidad —refunfuñó—. Pero si quiero continuar

trabajando bueno será empezar por ponerme presentable.

CAPÍTULO VII

Hacia las doce del mediodía, de nuevo en perfectas condiciones definitivamente, Roy Simone estaba sentado en una plegable junto a la pequeñísima piscina de *Flamingo Lodge*, de cara al albergue.

La piscina debía tener unos treinta pies de largo por quince de ancho, y estaba casi a ras de tierra, bien emplazada en una pequeña plataforma de poca altura, con tres escalones. Alrededor, césped y más césped. En un ángulo, dos palmeras, junto a las cuales habían más plegables y algunos parasoles fijos. Lejos, como a cien yardas aproximadamente, se veía el mar, por entre palmeras y olmos.

Fantástico. Exactamente fantástico.

La piscina tenía un pequeño trampolín, a no más de tres pies sobre el agua. En la punta del trampolín asentado en el firme piso que rodeaba la piscina, un par de señoras. Una de ellas más bien gordita, la otra un bomboncito aceptable. Un tipo barrigudo, de pectorales lacios, se disponía a tomarlas en una foto. Otro tipo, casi tan barrigudo como el primero, se bañaba en solitario, bajo la supervisión casi burlona de una muchacha que, sentada airosamente, en el borde de la piscina, dedicaba en realidad más atención a Simone que al bañista.

Simone se había provisto de un sombrerito de paja de copa redonda y estaba simpático y agradable. Sonreía, sonreía como quien no tiene nada que hacer en la vida, pero estaba atento a todo...

Dos de los huéspedes de *Flamingo Lodge* se habían marchado a pescar, en la lancha, poco antes de las ocho. La señora gorda era esposa de uno de ellos y, si estaba tan gorda, era porque, según parecía, le encantaba la mantequilla. La mantequilla engorda. La nena que contemplaba al solitario bañista debía tener unos veinte

años menos que éste, de modo que la cosa parecía clara. El tipo que le estaba dando tanta importancia a la toma de aquella foto...

Bueno.

A veces, las cosas suceden de un modo irritantemente simultáneo.

Al mismo tiempo que una rubia tremenda se acercaba a la piscinita, un coche descapotable aparecía por el sendero cercano a la piscina. Y al mismo tiempo que Simone reconocía en su conductora a la preciosa criatura que le había hecho los chichones aquella madrugada, la rubia tremenda llegaba junto a él y le sonreía.

—Hola.

Simone apartó un instante la mirada del coche en el que iba su presa, para mirar a la rubia. Cuando volvió a mirar hacia el coche, éste se hallaba ya lo bastante lejos para que el agente comprendiese que, entre llegar al suyo, salir del sendero giratorio y llegar al sendero de la piscina, el otro coche podía estar poco menos que en Madagascar.

Así que volvió a mirar a la rubia y dijo:

—Hola.

Ella se sentó en la plegable contigua, sonriendo.

—¿Qué tal?

—Muy bien —sonrió Simone—. ¿Y usted?

La rubia tremenda se echó a reír. Estaba en bikini, y lo de tremenda es poco.

—¡También estoy muy bien! —exclamó.

—Y que lo diga, rica.

A desenvoltura, desfachatez: es un lema como otro cualquiera. Un lema que pareció encantar a la rubia, porque volvió a reír, mirando con chispeantes ojos azules a Simone.

—¿Turista? —preguntó ella.

—Más o menos.

—Yo sí. Estoy aquí por un asunto muy importante.

—Ah... ¿Está alojada en el *Flamingo*?

—No, no... En un *cottage* particular, cerca de aquí. Lo que pasa es que he venido en el coche en bikini. Se va más fresca y no llamo la atención por aquí.

—Entiendo, entiendo... No le interesa llamar la atención, ¿eh?

—Según de quién.

—Oh, oh... Pues rica: a usted tiene que mirarla cualquier ser normal, con ojos en la cara y pelos en el bigote.

—Eso es lo malo. Pero a veces, de tanto llamar la atención, se consigue que nadie sospeche nada de una... ¿Usted me entiende?

—No mucho, no...

—Quiero decir que, precisamente por... vistosa y llamativa, nadie sospechará de mis actividades.

—Demonios... —Simone se inclinó confidencialmente hacia ella—. No me diga que es una espía, rica.

—Pues... más o menos, señor Guerrero.

Simone sintió como un puñetazo en el estómago, pero continuó sonriendo como si tal cosa.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—He preguntado.

—Pues mire: si se dedica usted a la pesca del atún, ha equivocado la pieza. Yo soy un tiburón.

—Un tiburón muy simpático, señor Guerrero... ¿Ha traído el rompecabezas?

—Para romperle la cabeza a cualquiera me bastan mis manos, rica.

—Lo creo. Pero ya sin bromas —siseó la rubia—. ¿Lo ha traído?

—Es posible.

—¿Qué le ha pasado en la frente?

—Contratiempos.

—¿Alguien arponeó al tiburón? —sonrió la rubia.

—*Psé...* Puede ocurrir, a veces.

La rubia se echó para atrás en la plegable.

—Señor Guerrero: yo soy una rubia imponente, de aspecto más bien liviano, de... tontita. Personalmente, me encanta usted, y es posible que en otro momento acabemos... de un modo agradable este *flirt*. Pero, entre tanto, los dos estamos trabajando. ¿*Okay*?

—Seguro, rica.

—Habla usted muy bien el inglés.

—¿Le parece mal?

—No, no... ¿En qué vuelo llegó usted desde Santa Rosa?

—¿Es una broma? —sonrió secamente Simone.

—¿Una broma, señor Guerrero?

—Usted debe saber muy bien que no salí en avión desde Santa Rosa, sino desde San Juan de Puerto Rico, después de hablar con dos... caballeros que me entregaron el rompecabezas. El vuelo era el setecientos uno.

—Perfecto. He venido a buscarlo, señor Guerrero.

—Juan. Solamente Juan. O Juanito. O Johnny.

—De acuerdo, Johnny —sonrió de nuevo la rubia, muy atenta y escrutadora su mirada, empero—. ¿Vamos a por el rompecabezas?

—¿Entiendo que debo viajar en coche rica?

—Odile. Simplemente, Odile, Johnny. Sí, vamos a viajar en coche. Pero no mucho.

—Bueno, iré a vestirme. No me gusta ir por ahí sin pantalones.

—Me parece bien. Iré con usted.

—Bueno.

Se levantaron. Simone se había olvidado completamente de la señora gorda, del tipo de las fotos, y de la nena que le sonreía al tipo de veinte años mayor que ella. Y casi se había olvidado también de su maravillosa visitante de la madrugada.

Fueron hacia el albergue, y Simone pidió la llave. El conserje de día los miró a los dos, pero su rostro permaneció impassible. Todo iría bien mientras la discreción fuese total.

Llegaron arriba, Simone abrió la puerta y cedió paso a la rubia llamada Odile. Y tropezó con ella cuando la rubia se detuvo en seco, musitando:

—¿Qué pasa aquí?

Simone echó un rápido vistazo al revuelto *living*, y cerró inmediatamente la puerta. Miró a la rubia de reojo y también musitó:

—Que me maten si lo entiendo...

Ella le miró fijamente.

—Parece que alguien le ha hecho una visita, Johnny.

—Lo parece... Y no me gusta su manera de comportarse.

Se separó de Odile y fue colocando en su sitio los muebles y objetos. Había una pequeña librería cuyos libros estaban caídos en el suelo. Simone colocó una rodilla en tierra y se dedicó a recogerlos. Estaba colocando los últimos cuando vio junto a él las piernas de la rubia.

Alzó la cabeza.

—Esperemos, Johnny —dijo ella secamente—, que esta visita no nos cause molestias a todos.

—¿Qué quiere decir?

—El rompecabezas. ¿Dónde lo tiene? Si se lo han llevado... No importarían los diez mil dólares que le entregaron para gastos, pero las cosas se pondrán difíciles sin ese rompecabezas. No vamos a mover un dedo si no nos lo entrega y se explica bien.

—No se preocupe por el rompecabezas: está a salvo.

—¿No lo tiene aquí?

—Claro que no.

—Bien: Vamos a buscarlo.

—No corra tanto, rica. Yo también he tenido contratiempos, y antes de entregar ese rompecabezas a nadie quiero saber dónde tengo puestos los pies... ¿Okay?

Ella recuperó su sonrisa, aunque a Simone le pareció no poco falsa.

—Bien, Johnny. Me parece correcto. Y ahora, dese prisa. Queda mucho trabajo por hacer..., y el tiempo pasa de prisa. Deje ya todo esto.

—Está bien. Voy a vestirme.

Fue al dormitorio, que también estaba revuelto de nuevo, y abrió el armario, refunfuñando:

—¡Heeeyyy!

No pudo evitar el sobresalto cuando el hombre se le vino encima desde dentro del armario... Pero cualquier actitud defensiva era innecesaria, porque el hombre, simplemente, cayó hacia adelante, a peso muerto, completamente inerte.

Inerte como un muerto que, al fin y al cabo, es lo que era: un cadáver.

Rebotó contra el suelo, de cara, se ladeó, y quedó cara al techo; todavía tenía los ojos abiertos. Simone se arrodilló junto a él, y aunque el fallecimiento era evidente, sobre todo viendo las dos manchas de sangre en el pecho, le puso una mano en la carótida.

—Está muerto —dijo.

La rubia tremenda estaba o parecía tremendamente asustada. Se mordía los labios, y había palidecido un poco.

—¿Quién..., quién es?

Simone tuvo la impresión de que aquel tono de voz en la rubia

era algo especial. En un instante, su mente formó toda una serie de conclusiones que dieron por resultado esta respuesta:

—Adolfo Carrasco.

—¿Le conoce?

—Tuve algo con él en Miami, anoche.

—Oh... ¿Qué pasó?

—De momento, salgamos de aquí, Odile. Lo explicaré en el *cottage* con más tranquilidad y de una vez. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Johnny. ¿Qué hacemos con el muerto?

—Seguiremos el juego.

Simone sacó su pantalón y su camisa del armario; no parecía que se hubiesen manchado de sangre. Dejó las prendas sobre la cama, tiró encima los irritantes calzoncillos, y metió de nuevo el cadáver en el armario.

El maletín había desaparecido, pero Roy no hizo comentario alguno al respecto.

—Aquí estará bien, de momento... Y ahora, rica, salga. Tengo que vestirme.

Odile salió del dormitorio y Simone se vistió rápidamente. El maletín no podía habérselo llevado el muerto, desde luego. Por lo tanto, se lo había llevado quien le había matado. Y puesto que el muerto, según pensaba Simone, era amigo de la estupenda criatura que le había visitado en la madrugada, el asesino pertenecía al otro bando. Y si Odile no sabía nada de aquello, ¿a qué maldito bando pertenecía la rubia, y cuántos bandos había?

Aquel maldito rompecabezas...

Salió del dormitorio metiéndose la camisa en los pantalones.

—¿Nos vamos, Odile?

El coche de Odile estaba a la sombra del albergue, entre dos de las columnas. Ella se puso al volante y se abrigó..., con un pañuelito que se colocó en la cabeza.

Algo serio tenía que pasar muy pronto, porque las cosas se estaban poniendo al rojo vivo, y porque un cadáver estaba esperando en un armario...

CAPÍTULO VIII

Habían seguido primero por una carretera local en regulares condiciones, pero luego se habían desviado por un camino cuyo estado solo podía ser soportado por un coche que, como aquél, poseyese una suspensión realmente buena.

Habían visto algunos flamencos y varias aves exóticas más, y todo estaba lleno de palmeras, acacias, sauces... Todo verde, azul y rojo. En la quieta mañana parecía existir como un grito agudo de pajarraco acalorado en el cielo.

Simone estaba seguro que se acercaban al lago del Oso. Por lo menos, seguían el camino que llevaba allí. Era un buen lugar para un *cottage* tranquilo y amable.

Pero no iban al lago. De pronto, la rubia giró el volante, y el coche se apartó del camino para tomar otro, algo más estrecho pero en mejor estado. Casi en seguida, Simone vio el *cottage*. Lo que más destacaba era la torre del pozo. Bueno, allí no debía faltar agua, precisamente...

—¿Es aquí?

—Sí, Johnny: es aquí.

—Bonito lugar.

—¿Usted cree? —desdeñó la rubia—. Los hay mejores. Estoy harta de esto, quisiera regresar a Miami ahora mismo.

—Quizá se arregle todo en pocos minutos.

—Quizá.

—En cuyo caso —sonrió Simone—, espero no tener que recordarle lo de la continuación del *flirt*.

—Tengo muy buena memoria —sonrió también ella— para lo que me interesa.

—¡Qué casualidad!

—¿Qué es lo que le parece casualidad?

—Pues que a mí me ocurre lo mismo: tengo muy buena memoria... para lo que me interesa.

—Oh, ya... Bien, hemos llegado.

El coche se había detenido delante del *cottage*, que tenía un porche amplio, bien sombreado. Parecía muy fresco en aquel lugar donde el sol apretaba de firme.

Dos hombres habían aparecido en el porche. Cada uno de ellos llevaba una pistola en la mano, y no hacía falta ser muy listo para comprender que aquellas armas estaban allí en honor a Simone.

—Baje —dijo uno de ellos.

Simone miró a la rubia.

—¿Qué significa esto?

—Que baje —sonrió ella.

—Oiga, rica...

—No sea tonto, Johnny, Sólo es precaución.

—Está bien.

El federal se apeó y uno de los dos tipos se acercó a él. Parecía dispuesto a cachearlo cuando la rubia dijo:

—No lleva armas, estoy segura. Dejadlo. Siga adelante, Johnny.

Los dos hombres se apartaron. Uno de ellos era pelirrojo, y el otro moreno. No se parecían en nada... salvo en que su carácter no parecía demasiado bueno. Simone pasó entre los dos y entró en la cabaña.

Al principio no vio nada. Sólo sombras. Las persianas estaban casi completamente cerradas, y apenas un ligero resol entraba allá. Pero pronto vio al hombre que estaba sentado en un sillón de medias cañas cubanas, con la camisa abierta, brillante el rostro de sudor y un vaso en la mano.

—Pase, Guerrero —dijo en español.

Simone se acercó. No le gustó el hombre. No porque resultase desagradable, sino por todo lo contrario.

Cada uno de sus rasgos firmes y correctos revelaban inteligencia y voluntad. Quizá tendría cuarenta años, pero no cabía duda de que el vigor, la energía física tardaría aún muchos años en declinar en aquel cuerpo sano y fuerte, de velludo tórax. Los ojos eran muy claros, lentos en la mirada, como sopesándolo todo muy bien. Las manos, grandes y de dedos largos y fuertes.

—Puede llamarme Leslie Harrison —sonrió aquel hombre notable—. Supongo que no tiene interés en saber nada más... ¿Le habéis registrado?

—Odile dice que no lleva armas.

—Ah... Si Odile lo dice... ¿Todo bien, pequeña?

La rubia tremenda se había acercado a Leslie Harrison y le besó en los labios de tal modo que Simone comprendió que la muy rubia había estado jugando sucio con él y que jamás había pensado en aceptar el *flirt*. O mucho se equivocaba, o estaba loca por el tal Harrison.

—Todo bien, Leslie.

—Estupendo... Anda, bebe algo fresco... Y sírvele algo a Guerrero.

—Ron con hielo —dijo Simone muy sereno.

Odile fue hacia un mostrador de bambú que había en el rincón más fresco de la pieza; según parecía el bikini era lo más fresco de que disponía, y lo usaba a todo tren.

Harrison señaló la redonda mesita que se interponía entre él y Simone, y éste aceptó el convite para fumar. Había cigarrillos y cigarros. Simone escogió cuidadosamente unos de los cigarros, mordió la punta y lo encendió. Sentía sobre él la inteligente mirada de Leslie Harrison; una mirada apacible, serena, tranquila..., pero profunda, inquisitiva.

El notable ejemplar masculino señaló a los tipos de las pistolas.

—El moreno es Glaner; el pelirrojo, Chandler.

Simone se volvió, los miró a través del humo del cigarro, con los ojos entornados, y no dijo nada. Cuando de nuevo miró a Harrison, éste sonreía amablemente. Estaba estudiando a su visitante. Y lo hacía muy bien, Simone lo sabía. Había visto una mirada parecida en uno de los más jóvenes inspectores del FBI, para misiones especiales, sujeto a órdenes directas de Washington: Clarence Hadaway. Aquel hombre miraba como Hadaway: reposado, pero como si tuviese rayos X en la vista.

Odile se acercó con un vaso, que tendió a Simone. Éste probó un sorbito de licor y se quedó con un pedazo de hielo en la boca, triturándolo con los dientes.

—¿De su gusto, Guerrero? —sonrió Harrison.

—Sí, gracias.

—Bien... Pasemos al asunto: ¿tiene el rompecabezas?

—Lo tengo.

—No es que tenga demasiada importancia, entiéndalo, pero siempre conviene hacer las cosas bien.

—¿Qué es lo que no tiene importancia? —preguntó Simone.

—El rompecabezas.

—¿De veras?

—Usted lo sabe muy bien, ¿no es cierto, Guerrero?

Simone encogió los hombros, eludiendo una respuesta clara, contundente.

—Lo tengo, eso es todo.

—Mejor así. Sí, así es mejor, aunque ya sepamos que usted es, efectivamente Juan Guerrero.

—¿Están seguros de eso? —sonrió Simone.

—Chandler —dijo simplemente Harrison.

Simone notó tras él el movimiento del pelirrojo, pero no se molestó en mirar hacia allá. En cambio, se sobresaltó cuando el negro maletín de Juan Guerrero cayó sobre sus rodillas, tirado desde atrás.

Lo cogió rápidamente, lo miró y luego miró a Harrison.

—¿Puede explicarme esto, Harrison?

—Por supuesto. Escuche lo que ha pasado, Guerrero: anoche, en la estafeta de Telégrafos central de Flamingo debió llegar un telegrama firmado por King Dexter diciendo que todo iba bien. Ese telegrama no ha llegado. En cambio, ha llegado usted... sin Dexter y Skelton. Además de eso, usted y ellos debían llegar esta mañana a Flamingo. Y resulta que llega usted solo..., y de noche. ¿Qué hubiese hecho usted en mi lugar?

—¿Qué importa lo que hubiese hecho yo? Dígame lo que ha hecho usted y ya está.

—Es razonable. Pues verá: envié a Odile a buscarle a usted al *Flamingo Lodge*. Pero también iban Chandler y Glaner. Se aseguraron de que quien decía ser Juan Guerrero estaba junto a la piscina, y se las arreglaron para llegar a su apartamento... ¿Sabe qué pasó allí, Guerrero?

—Que mataron a un hombre y lo metieron en un armario.

—Exacto —sonrió Harrison—. Encontraron allá a uno de esos abnegados ciudadanos de Santa Rosa, que se toman las cosas en

serio; el pobre hombre estaba registrando su apartamento, de modo que Glaner le metió un par de balas en el cuerpo. Luego, como hubiese sido muy comprometido sacar de allí el cadáver, lo metió en su armario, en espera de ponerse en contacto con usted y quedar de acuerdo para sacarlo a la noche.

—Bien pensado.

—Desde luego.

—¿Qué más pasó?

—Pues como teníamos nuestras dudas acerca de usted, Chandler y Glaner se trajeron su maletín. Hemos visto el pasaporte. Todo está bien, Guerrero, ahora.

—Lo celebro.

—Pero nos gustaría saber qué ha pasado con Skelton y Dexter y por qué usted ha llegado aquí, solo, como si no supiese qué hacer, y a una hora y día que no eran los convenidos.

—Tuve dificultades en Miami —miró a Odile con el ceño fruncido, pero sonriendo—. Vaya, rica: usted debió ser actriz, ¿eh?

—¿Por qué? —sonrió la rubia.

—Ha hecho muy bien su papel.

—Oh, gracias, Johnny... Lo que no me esperaba yo era que Glaner hubiese metido un muerto en su armario. Eso sí me sorprendió.

—¿De veras?

Harrison encarriló de nuevo la conversación:

—¿Qué clase de dificultades, Guerrero?

—Mataron a Skelton y Dexter.

Leslie Harrison apretó los labios duramente.

—¿Quién?

—Dos hombres y una mujer. Uno de esos hombres es el que está ahora en mi armario. Se llama Adolfo Carrasco.

—¿Cómo lo sabe? Glaner se trajo también su documentación, Guerrero.

—Aquella mujer los llamó por sus nombres. El otro se llama Santiago. Ella los llamaba Santiago y Adolfo. Pero Santiago llamaba por el apellido a su compañero. Por eso sé que se llama Adolfo Carrasco.

—¿Y el otro?

—No entiendo.

—El apellido del otro.

—Ah... Bien, no lo sé... Sólo oí eso: Adolfo, Santiago y Carrasco.

—¿Y la mujer?

—No lo sé.

—¿Es compatriota suya?

—Me temo que sí.

—¿Cree que sus compatriotas saben algo?

—Es posible.

—¿Está seguro de que no conoce a la mujer?

—Seguro. Si fuese un hombre, quizá podría deducir algo más o menos exacto, pero con ella no sé qué pensar.

—¿Cómo era?

Simone contuvo un suspiro. Hasta el momento todo se le presentaba muy fácil, a pedir de boca. O Leslie Harrison era muy listo y no quería alarmarlo, o, realmente, todo iba bien. No le pareció impropio describir a la chica:

—Cabellos negros, como de veintidós o veinticuatro años, ojos color miel, esbelta, no demasiado alta, elegante...

—¿Bonita?

—Como nadie. Bueno... —Miró a Odile—, con perdón de los presentes.

—No se excuse —sonrió Harrison—: Si le pareció bonita, sería tonto decir lo contrario. Bien, ¿qué pasó en Miami exactamente?

—Dexter y Skelton me esperaron en el aeropuerto, de acuerdo a lo convenido, en el aparcamiento superior, en un «Pontiac». Estuvimos dando unas vueltas por Miami y luego, me llevaron a la quinta de South Alhambra Circle, en Coral Gables. Allá ellos me pidieron el rompecabezas, y yo les dejé mirarlo. Dexter dijo que estaba bien la cosa, de momento. Cuando lo estaba guardando en el maletín, aparecieron la chica preciosa y Carrasco y Santiago armados. Querían el rompecabezas. Skelton quiso sacar la pistola y Santiago lo mató. Carrasco disparó contra Dexter y yo me tiré contra la chica, que iba a disparar contra mí. Entonces...

—¿No hubiese sido más fácil matarla, Guerrero?

—Oh, ¿sí? Bueno, allá hubiese querido verla. Si me hubiese entretenido en querer sacar la pistola del maletín, ella me habría matado entonces, pues ya tenía su pistola lista y en la mano.

—Entiendo... ¿Qué hizo usted?

—Lo único que me pareció posible. Me tiré contra ella cuando estaba a punto de disparar contra mí. Quise darle con el maletín, pero la maldita era muy rápida. Esquivó el golpe, quiso disparar otra vez y me agarré a ella. Pudo golpearme en la frente, me empujó y cuando iba a disparar ya de veras le di un puntapié en el vientre y salí corriendo de la casa...

—¿Y Carrasco y Santiago, no le dispararon mientras usted peleaba con la chica?

—¿Me cree tonto? Yo la había puesto entre ellos y yo, Harrison.

—Claro... ¿Qué más?

—Me persiguieron hasta el canal. Disparé varias veces contra ellos, pero no se acobardaron. Comprendí que entre los tres iban a matarme, así que salté al canal y me alejé de allí. Di unas vueltas, esperando que se secara mi ropa, y entonces fui a alquilar un coche para venir aquí.

—¿Y su pistola, Guerrero?

—En el canal. Tuve que soltarla para atender el maletín, y que no se mojara. Aparte del rompecabezas, llevaba allá diez mil dólares.

—Los diez mil dólares no están en el maletín.

—Fianza del coche.

—¿Y el resto?

—Me será remitido a *Flamingo Lodge* por un empleado de la casa donde alquilé el coche.

—Bien... ¿No sabe qué pasó luego en Miami? En la quinta, quiero decir.

—No me atreví a volver por allí. Sabía que Skelton y Dexter estaban muertos. ¿Para qué volver?

—Muy cauto, muy sensato. En cambio, se vino hacia Flamingo... ¿Le dijeron Skelton y Dexter que viniese a alojarse en *Flamingo Lodge*?

Simone pensó velozmente. En un segundo, con una sola palabra, podía echarlo todo a perder.

—No.

—Correcto: ellos debían traerle aquí sin explicaciones... Sin embargo, y a pesar de no contar con ellos, usted ha llegado a *Flamingo Lodge*, Guerrero. ¿Cómo se le ocurrió esto?

—Por una de las postales que se obtienen en el rompecabezas.

La de Flamingo, claro. Usted sabe que está *Flamingo Lodge*. Entonces pensé que quizá aquí podría reanudar el contacto. No tenía nada que perder... Y comprendí que había acertado cuando me dijeron en el albergue que tenía reservado un apartamento.

—Yo se lo reservé —sonrió Harrison—. Muy bien, Guerrero. Todo está bien por mi parte. ¿Está dispuesto a continuar adelante con esto?

—A eso he venido.

—De acuerdo. Bien... Realmente, podríamos ya aclarar el asunto, pero...

—¿Cuál es el inconveniente?

—El rompecabezas. Usted sabe que he sido elegido para esto porque hago bien las cosas, Guerrero. Ya le digo que podríamos ultimar los detalles en este momento, pero quiero asegurarme del todo. De manera que, si le parece bien, veamos ese rompecabezas y proporcióneme la clave.

—Está bien. Iré a buscar el rompecabezas...

—¿Dónde está?

—Es difícil de explicar... Lo enterré cuando ya estaba cerca de *Flamingo Lodge*.

—En ese caso, será mejor que vaya personalmente a buscarlo... Glaner le acompañará en el coche.

—Bien. Hasta luego.

—Hasta luego.

Simone y Glaner salieron de la cabaña. Harrison estuvo inmóvil y silencioso hasta que se oyó el ruido del coche alejándose. Entonces pidió:

—¿Quieres llenarme otra vez el vaso, Irina?

—Con gusto, Sergio.

La rubia fue de nuevo al bar y sirvió bebida al notable hombre de los ojos claros. Llevó el vaso, lo entregó y se sentó delante del hombre.

—¿Crees que es él?

—Hum.

—¿Por qué no dices lo que piensas, Sergio?

—Tranquilízate, Irina...

—Yo creo que es él —dijo Chandler.

Harrison lo miró.

—¿Y por qué crees eso, Igor?

—Está bien enterado, el pasaporte...

—Oh, el pasaporte... —Harrison lo tomó del maletín y lo estuvo mirando atentamente, en la parte de la fotografía—. Los americanos han aprendido mucho.

—¿Qué quieres decir? ¿Te parece falso?

—No lo sé... Si lo es, el trabajo es muy bueno, desde luego... Quizá un poco precipitado. Puede que el sello quedase mal impreso en Santa Rosa...

—¿A ti no te convence, Sergio?

—No.

La rubia hizo un gesto de impaciencia.

—Oh, Sergio, ves sombras en todas partes... ¿Por qué buscar complicaciones ahora? ¡Él es Juan Guerrero! ¡Y yo tengo ganas de volver a Miami!

—Volveremos a Miami, Irina. Pero estaremos poco tiempo allá, pues tendremos que regresar pronto. Pero estaremos unos días o unas semanas en Miami. En cuanto a qué el hombre que ha estado aquí es Juan Guerrero —miraba el pasaporte con suma atención—, lo sabremos con absoluta seguridad cuando regrese con el rompecabezas.

—Tú y tus trucos raros...

—Un poco raro, Irina, es cierto. Pero si ese hombre no es el que nosotros hemos estado esperando, el rompecabezas nos lo dirá.

CAPÍTULO IX

Glaner no era precisamente charlatán. Ni tampoco descuidado. Había dejado el volante a Simone en todo momento y él había ido sentado a su lado, vuelto de cara al federal, con un brazo por encima del respaldo del asiento, sin disimular que no perdía detalle de nada.

No se había inmutado cuando Simone había detenido el coche a un lado de cierto camino cercano a Flamingo, y había desenterrado el rompecabezas. Simone había regresado al coche y de nuevo al volante lo había conducido hacia la cabaña.

Cuando los dos entraban en ésta, el hombre que Simone conocía como Chandler salía a su encuentro.

—¿Lo traéis, Glaner?

—Sí.

Simone fue hacia Harrison, que continuaba en el mismo sillón, tranquilo como un pacha, impávido.

—Bien, Harrison; aquí lo tiene.

—Magnífico, Guerrero. ¿Llenaste de agua el baño, Chandler?

—Sí.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

—Claro. Traiga eso, Guerrero.

Simone miró a Harrison, que asintió con la cabeza. Chandler se hizo cargo del rompecabezas y desapareció del *living hall* de la cabaña.

—Síntese, Guerrero. Y vayamos ya al asunto en tanto Chandler arregla lo del rompecabezas; ¿cuál es su nombre para esta operación?

—Juan Guerrero.

—Atienda: le pregunto el nombre para este asunto, no el suyo

auténtico.

Simone comprendió que, finalmente, había fallado. Allí estaba la maldita clave del maldito rompecabezas. Pero no podía hacer otra cosa más que decir:

—Juan Guerrero.

Leslie Harrison frunció el ceño. Detrás suyo, Simone oyó el movimiento de Glaner, pero no se volvió. Si perdía la serenidad, todo estaría absolutamente perdido...; si no lo estaba ya.

—¿Juan Guerrero? Veamos. —Harrison empezó a contarse los dedos de ambas manos, parsimonioso—. Sí, ese nombre tiene doce letras, Guerrero. Tantas como dados hay en el rompecabezas... Resulta curioso, ¿verdad?

—Muy curioso. ¿Por qué no concretamos el asunto, Harrison?

—Claro... ¿Por qué no? Bien, la cosa es simple en realidad. Usted, Guerrero, pertenece al bando rebelde al actual gobierno de Santa Rosa. Pero a un bando rebelde muy especial... Digamos que pertenece a un grupo rebelde, dentro del bando rebelde. Ese grupo disidente está dispuesto a aceptar la ayuda de cualquier potencia sin importarle el precio que habría de pagar, mientras el bando rebelde... honrado, no quiere hipotecar la soberanía del país. Pero usted está con los disidentes. Usted y los suyos no quieren el alto el fuego ni arreglos para quién, por lo menos hasta ahora, han reconocido como su líder. Quieren continuar la pelea porque saben que su prolongación redundaría en su propio medro. De esta manera podrían formar su propio Gobierno que no tendría nada que ver con ninguno de los presuntos actuales o de los pasados. ¿Correcto?

—Usted lo sabe todo, Harrison —susurró Simone—; siga.

—Bien. Para conseguir esto, Guerrero, ustedes, ese grupo mezclado con los rebeldes... honrados, necesitan armas. Armas para llevar a cabo su agresión, para dominar luego la situación dentro de su propio bando. Uno de los hombres de ese punto rebelde dentro del bando rebelde, sería elegido presidente de la República de Santa Rosa: usted, o cualquiera de sus amigos. ¿Correcto?

—Supongo que sí, Harrison.

Leslie Harrison sonrió amablemente.

—¿Lo supone? Bueno, bueno... Bien: decíamos que ustedes, para hacer todo eso, precisan armas. De acuerdo a lo convenido, un

cargamento de armas y municiones de varias clases, saldrá de cierta bahía de determinado país, posiblemente mañana por la noche, con destino a la frontera de su patria. Allá serán recogidas por los amigos de usted, Guerrero, que llegará al frente de ese cargamento, pues esta misma noche saldrá hacia la bahía en cuestión e irá con las armas, repito, hasta la frontera. Es decir, que usted ha venido aquí a negociar conmigo la adquisición de esas armas, y yo a negociar con usted su precio. Quiero hacerle notar que no soy un agente cualquiera, Guerrero, y que mi actuación en este asunto después de varios meses de inactividad forzada significa que se ha concedido gran importancia a nuestro... convenio. Usted buscó a dos agentes míos, ellos se dejaron localizar, hablaron con usted sobre esto en San Juan de Puerto Rico y quedaron de acuerdo; le entregaron uno de los juegos de rompecabezas que utilizamos para identificación absolutamente segura de quienquiera que venga a verme a cualquiera de mis doce puntos de residencia en Florida y le pusieron en el avión. Muy bien. Ahora está usted aquí, y ya sabe el precio: las armas para ustedes, para que puedan ocupar el Poder, y una vez ocupen ese Poder, en su país, nosotros les... sugeriremos en qué forma deberán pagarnos. ¿Conforme?

Roy Simone se atragantó ante la importancia de la pieza que tenía ante él. A menos que estuviese loco, aquel hombre, cuyo nombre no podía ser, seguramente, el de Leslie Harrison, era... la cabeza del monstruo. O, por lo menos, una de las cabezas importantes.

—Es decir, Harrison, que a cambio de su ayuda para que mis amigos y yo ocupásemos el Poder, mi país deberá pagarle un alto precio... ¿no es así?

—Aproximadamente, Guerrero —sonrió, Harrison—. Ése fue el trato, ¿no? Ustedes buscaron nuestra ayuda. Muy bien; más adelante les pasaremos la... la factura. Y espero que no nos resulten unos clientes..., ¿cómo diría yo...?, unos clientes..., morosos...

—Cumpliremos nuestra parte —musitó Simone—. Ahora, dígame dónde debo ir para hacerme cargo de esa expedición de armas.

Leslie Harrison volvió a sonreír, muy suavemente. Sus ojos parecían dos trocitos de cristal azulado.

—Hay un pequeño detalle, Guerrero.

—¿Cuál?

—El rompecabezas. Cuando trabajo con gente desconocida en cualquier aspecto, me aseguro muy bien de su identidad.

—¿Cree que yo no soy Juan Guerrero?

—No digo tanto. Pero tengo mis dudas a que sea el hombre que estuvo en contacto con mis dos agentes en San Juan de Puerto Rico. El rompecabezas nos lo dirá... ¿Está listo eso, Chandler?

—Sí.

Chandler se acercó, llevando en las manos una tabla cualquiera como de dos pies de largo y uno de ancho. Cuando la colocó en la mesita, Simone vio los doce cubos colocados en la tabla. Estaban mojados completamente.

Harrison tomó un bolígrafo y el paquete de cigarrillos. Fue mirando los dados del juego y anotando algo en el paquete. Estuvo dedicado a eso, como aislado del mundo, durante cinco o seis minutos. Era un hombre calmoso, casi de un modo irritante.

Por fin levantó la cabeza y su mirada se clavó en el agente del FBI.

—Según esto, Guerrero, usted debería haberme dado otro nombre con el cual participaba en esta operación. Un nombre que le facilitaron mis dos hombres cuando lo dejaban en el avión del vuelo setecientos uno, directo de San Juan a Miami. ¿Quiere venir conmigo?

Se levantó, llevando la tabla en las manos. Simone también se levantó. Sentía la boca seca y una desagradable sensación en las rodillas. Glaner y Chandler tenían otra vez sus pistolas en la mano, y no le perdían de vista. Odile, junto al bar, sabía que no debía acercarse al grupo y su mirada ya no era burlona o amable, sino fría, expectante.

Harrison entró en el cuarto de baño, situado al fondo de un corto pasillo. Era espacioso. En la bañera había agua hasta más de la mitad. Leslie Harrison esperó a que Simone llegase a su lado. Chandler y Glaner se colocaron detrás del federal, cerca de la puerta, que quedó abierta. Odile se apoyó en ella, dispuesta a asistir a la amable demostración.

Harrison echó de pronto los cubos al agua. Simone los vio hundirse un instante, para salir a flote con fuerza. Algunos de ellos dieron una rara vuelta.

—Este juego es de corcho, Guerrero. Pero cada pieza lleva un pequeño plomo en el interior, en el lado conveniente. De este modo, por mucho que usted agite las piezas en el agua, siempre muestran la misma cara cuando deja de moverlas, ya que el plomo las obliga a ello. Entonces, sacamos las piezas del agua, como ha hecho Chandler, y se colocan en cualquier sitio más cómodo, siempre con la cara que ha quedado fuera del agua hacia arriba... ¿Lo entiende?

Simone se pasó la lengua por los labios, asintiendo con la cabeza. Las prisas. Las malditas prisas, que ahora sabía no habían sido otra cosa que contraproducentes, ya que podía haber llegado aquella misma mañana a Flamingo y entonces las sospechas habrían sido menores o, como máximo, las mismas, por parte de Leslie Harrison. Si en Claves hubiesen dispuesto de toda la noche para estudiar aquel rompecabezas, era muy posible que hubiesen encontrado el truco. Pero en una hora, nerviosos, creyendo que todo podía venir de un minuto... Error. Error grande. Y él iba a pagarlo ahora, naturalmente.

—Entonces —proseguía Harrison—, tenemos que de cada pieza, lógicamente, vemos una cara que corresponde a un trozo de la postal de que forma parte. Por ejemplo, Caracas: observe que el trozo de postal correspondiente a Caracas que ha quedado en lo alto, corresponde a la pieza número tres de las seis de que consta; eso, contándolas de izquierda a derecha, claro...

Entonces, esa pieza tres nos indica que de la palabra Caracas hemos de tomar la letra tercera: la R. Ya tenemos una. Vamos a tomar ahora Flamingo: observe que el cubo de Flamingo que ha mostrado un trozo de postal de Flamingo, es el primero de la izquierda, el primero; por tanto, la letra que indica es la F. Vamos a tomar Roma ahora: el cubo que muestra una parte de Roma es el tercero; por tanto, nos indica la tercera letra de Roma, es decir, la M... ¿Lo va entendiendo?

—Sí.

—Bien... Así, este juego nos proporciona las letras S, N, O, A, U, M, R, E, L, D, F, I. La S, sexta letra de Atenas; la N, sexta letra de Berlín; la O, quinta de Lisboa; la A segunda de París; la U, quinta de Beirut... Etcétera... ¿Comprende?

—No soy ningún tonto, Harrison.

—Permítame no estar de acuerdo con usted, Guerrero.

—Está bien... ¿Cuál es el nombre que tenía que haber dado?

—Fidel Rumanos. Y le explicaré por qué. Bueno, la palabra o, mejor dicho, el nombre Fidel, es siempre el mismo. Luego, las dos letras del apellido..., quiero decir, las dos primeras letras del apellido, también son siempre las mismas: RU, de Rusia. Quedan cinco letras para clasificar. En este caso, son la S, la N, la A, la M, y la O. Total: manos. Añadimos «manos» a RU, y tenemos «Rumanos». Fidel Rumanos.

—¿Y por qué no otra combinación que no sea manos?

—Porque Rumanos es uno de los doce apellidos que tengo en juego en esto del rompecabezas, Guerrero —sonrió Harrison—. Al principio parece un poco complicado, pero si lo estudia detenidamente, verá que sólo es complicado para quien desconoce la clave. Es un modo de asegurarme de que quien me trae uno de mis rompecabezas es digno de confianza. Si trae el rompecabezas y dice el nombre que indica ese rompecabezas, es que el rompecabezas lo ha conseguido directamente de mis hombres, así como el nombre clave. Pero si sólo me trae el rompecabezas... ¿Cómo lo consiguió, Guerrero? Es decir, usted ya no seguirá insistiendo en que es Juan Guerrero, ¿verdad?

—No, no pienso insistir en eso.

—Bien... ¿Quién es usted? ¿Cómo consiguió el rompecabezas? ¿A qué organismo pertenece? Por supuesto, me inclino a creer que es norteamericano... ¿CIA? ¿FBI? ¿G-2?

—¿Piensa matarme, Harrison?

—Naturalmente.

—Pues acabemos.

—Oh, vamos... Usted no me considera tan burdo, ¿no es cierto? ¡Matarlo! ¿Y quién me dice lo que me interesa? Sólo usted sabe lo que ha ocurrido..., y a mí me interesa estar al corriente, compréndalo. Puedo estar en peligro, mis hombres pueden necesitarme, quizá estoy metido en una trampa... Lo entiende, ¿verdad? Tengo que saber cómo actuar a partir de ahora.

—Es obvio, Harrison, que la cochinada a la República de Santa Rosa, no podrá ya llevarse a cabo, pues Juan Guerrero ha muerto, el muy traidor. En cuanto a usted, no doy un centavo por su pellejo. Ya está listo, Harrison.

—Usted sabe, que no me llamo Harrison.

—¿Qué más da?

—¿No le interesa mi nombre auténtico?

—Puesto que no va a servirme de nada, ¿qué importa?

—Pero a mí sí va a serme de utilidad lo que usted me diga... ¿Y bien?

—Está perdiendo el tiempo. Es usted una pieza de calidad, Harrison: no seré yo quien estropee la cacería a mis amigos.

—¿Quiénes son sus amigos? ¿Están aquí, en Flamingo?

—¿Quién sabe?

Leslie Harrison, ladeó la cabeza y miró apreciativamente a Simone.

—No sea tonto, muchacho... —susurró—. Usted parece fuerte, pero no tanto como pueda creerse.

Roy Simone apenas pudo tragar la saliva.

—Podemos probar...

—¿Me obligará a emplear métodos toscos?

Simone no contestó. Harrison estuvo esperando durante casi un minuto, mirando fijamente al «G-man».

Por fin, como desalentado, hizo una seña a Glaner, y Simone supo lo que significaba aquella seña cuando la pistola de Glaner le golpeó con tal fuerza en los riñones que las piernas se le doblaron de golpe y el aire pareció quedar estancado en sus pulmones, como a punto, de expandirse violentamente. Otro golpe, ahora junto al cuello, lo derrumbó como aplastado contra el suelo, junto a la bañera. Un puntapié en el hígado lo dejó lívido como un cadáver, vueltos los ojos hacia dentro, abierta la boca en un gesto angustiosamente crispado...

—No le pegues más —dijo Harrison—; se ha desvanecido. La próxima tanda que sea menos contundente. Que duela, pero que se conserve lúcido.

—Está bien.

—Mételo en el agua.

Glaner miró a Chandler; éste comprendió y ayudó a su compañero a alzar a Simone. Lo metieron cuidadosamente en la bañera. Inmediatamente, cubierto Simone del todo por el agua, comenzaron a subir burbujas hacia la superficie.

—Se va a ahogar... Sacadle la cabeza, de momento.

Chandler metió la mano, agarró la cabellera de Simone y tiró hacia arriba, sacándola por entre algunos de los cubos del rompecabezas, que flotaban como tentetiesos, balanceando pesadamente el fondo.

Pero ni siquiera tras el remojón reaccionó Roy Simone. Los tres golpes habían sido brutales por completo, y en puntos del todo vulnerables.

Chandler comenzó a abofetearlo, sin demasiada fuerza, hasta que Simone empezó a parpadear y a abrir y cerrar la boca como un pez que está dando los últimos coletazos. Chandler lo hundió otra vez y ahora Simone reaccionó con más fuerza, manoteando. Le sacaron la cabeza de nuevo, abrió débilmente los ojos y dejó vagar la mirada, incierta...

—¿Vamos a seguir, amigo? Suéltalo, Chandler.

Éste obedeció y Simone resbaló, hundiéndose una vez más su cabeza. La sacó del agua por sí mismo, rápidamente; quedó sentado, escupiendo agua, jadeando...

—No sea tonto, muchacho: ahórrese un mal rato.

Simone miró de lado hacia Harrison, lívido el rostro todavía, desencajadas las facciones.

—Vá... yase... al... demo... nio...

El puñetazo de Glaner le alcanzó en una ceja, se la partió y lo tiró contra el otro lado de la bañera, donde rebotó, salpicándolos de agua a todos, para hundirse nuevamente. Y otra vez empezaron a salir burbujas a la superficie. Chandler quiso sacarlo, pero Harrison se lo impidió con un gesto.

Durante unos segundos, sólo se oyó el gorgoteo del agua. Luego, Roy Simone se movió, se agitó con fuerza y quedó sentado en la bañera, estremecido por las arcadas del exceso de agua.

—Ve a buscar un cuchillo a la cocina, Irina.

—¡En seguida!

La tremenda espía rubia salió corriendo de allí y regresó al instante con un cuchillo de cocina, que tendió a Harrison. Pero éste lo rechazó con un gesto que implicaba a la vez una orden para Glaner, que cogió el arma.

—Atienda; primero le vamos a cortar una oreja. Se lo digo en serio... Luego, la otra; después un ojo; luego, el otro... Vamos, no sea estúpido...

La voz de Simone fue apenas audible:

—Vá... ya... se... al... al... dem... onio...

—Córtale una oreja, Glaner. Despacio: que se dé cuenta.

—Bien.

La hoja brilló ante los dilatados ojos de Simone como si fuese una gigantesca guillotina en lugar de unas pocas pulgadas de acero. La mano de Glaner, la izquierda, asió la oreja derecha de Simone; la derecha, con el cuchillo en ella, se alzó...

¡Bang!

El estampido resonó fuertemente en toda la cabaña, fuera del cuarto de baño, en el pasillo. La cabeza de Glaner estalló por detrás, como un tomate al que se le hubiese colocado un cartucho de dinamita en el interior.

En este caso, el cartucho era una simple bala que lo empujó contra la pared, por encima de la bañera, para acabar metido en ésta de frente, doblado espantosamente por la cintura.

Odile, Harrison y Chandler se habían vuelto sobresaltados hacia el pasillo. Los tres vieron perfectamente a la hermosa muchacha, con el brazo extendido y la pistola en la mano derecha, disparando de nuevo en el momento en que Chandler intentaba utilizar su pistola...

Chandler recibió el balazo en el centro del pecho y saltó hacia atrás, hacia la bañera, pero rebotó en el borde y chocó violentamente con Odile, que intentaba seguir a Harrison hacia la ventana del cuarto de baño, en una huida muy inteligente, teniendo en cuenta que él no llevaba arma alguna y que un segundo perdido en intentar recoger la de Chandler sólo podía significarle la muerte, ya que la muchacha que estaba disparando sabía hacerlo bien de verdad.

Y así, mientras Leslie Harrison saltaba por la ventana. Odile caía al suelo, empujada por Chandler, que ya era cadáver. Desde el suelo, la rubia tremenda vio a la muchacha de la faldita azul y el jersey escotado en punta mirándola vacilante, ya baja la mano que empuñaba la pistola...

Entonces, Odile cometió su error: quiso defenderse de quien no la quería matar, de quien estaba buscando el modo de salir tras Leslie Harrison por la línea más directa. Alargó su mano hacia la pistola de Chandler, la empuñó, la alzó...

La muñequita morena de nervios de acero tuvo que disparar una vez más, precipitadamente..., pero con acierto siempre. La bala se clavó sobre el seno izquierdo de Odile, empujándola a un lado...

Su voz, su último gemido:

—Ser... gio..., no me aband...

Se confundió con una voz de hombre afuera, que gritaba en inglés:

—¡Deténgase! ¡Deténgase o disparo!

La muchacha oyó el disparo cuando ya estaba junto a Simone, y le mantenía la cabeza fuera del agua, tras apartar el cadáver de Glaner, que estaba rodeado de piezas de rompecabezas.

—Oh, Dios mío... ¡Lo siento, lo siento! ¿Por qué no me dijo que usted estaba contra ellos?

Roy Simone la miraba guiñando mucho los ojos y, desde luego, con la expresión de quien no sabe ni siquiera quién es él mismo...

—Le ayudaré a salir...

Ella se pasó un brazo de Simone por los finos hombros que demostraron su fuerza al conseguir que el

«G-man»

quedase en pie dentro de la bañera, con el agua casi hasta las rodillas. Simone miró el agua, roja de sangre de la cabeza reventada de Glaner, y alzó presurosamente una pierna, sacándola de la bañera. La muchacha le ayudó, y segundos después, el agente del FBI estaba en tierra firme, mirando con expresión bobalicona a la encantadora morenita.

De pronto, la expresión del federal cambió. Alzó una mano, con un dedo rígido, apuntando a la muchacha.

—La... la voy a...

Entonces rodó por el suelo a los lindos piececitos de la morenita.

CAPÍTULO X

—¿Qué tal, Roy?

—¿Dónde estoy, quién soy, qué hago aquí?

O'Kelly

soltó una risita y le dio con el codo a Larkin.

—¡Éste ya está bien, con sus bromas de siempre! ¿No te dije? Hey, Roy, arriba ya, gandul.

—Le ayudaré...

Larkin quiso hacerlo, pero Simone lo apartó de un manotazo, y se puso en pie, un poco tambaleante. Estaba todavía como sobre la cubierta de un barco en alta mar cuando vio a la muchacha. La señaló con un dedo tembloroso de rabia.

—Matadla... —masculló—. ¡Matadme a esa morena, O'Kelly!

—Cálmate —rió éste—; la señorita Santayana te salvó de morir ahogado... ¡en una bañera!

Los dos federales se echaron a reír. Simone estuvo mirando unos segundos a la muchacha, que a su vez lo miraba con ojos muy abiertos, como asustada. Luego, de pronto, el falso Juan Guerrero se dejó caer de nuevo en la silla.

—Explicadme... Explicádmelo todo..., ¡ahora mismo!

—Bueno... La señorita Santayana liquidó a dos tipos y a una señora rubia que estaba como nadie..., en vida. Y nosotros liquidamos a otro que se escapaba por la ventana.

—¿Vinisteis juntos vosotros y la... señorita Santayana?

—No. Nosotros te seguimos cuando fuiste con aquel tipo a recoger el rompecabezas. Ella lo hizo por su cuenta, y más adelantada que nosotros. Cuando ella entraba en la casa, nosotros estábamos en la punta del camino. Estaban muy ocupados contigo,

Roy. Te querían cortar las orejas, según parece...

La morenita se acercó al federal y le tomó una mano.

—Señor Simone... ¡Cuánto lo siento! Yo estaba convencida de que usted era un sustituto de Juan Guerrero...

—¿Pero quién demonios es usted y qué pinta en esto? Primero me dispara en una quinta de Miami, luego me llena de chichones en un apartamento de Flamingo y ahora viene y me salva la vida... Por todos los demonios: ¿quién es usted?

—Soy la hija del general Lucio Santayana, de la República de Santa Rosa. Supimos que Juan Guerrero quería traicionar la rebelión, que entraba en contacto con gente que no nos pareció de confianza. Uno de esos hombres se vino a Flamingo y otros dos se fueron a San Juan de Puerto Rico con Juan Guerrero. Santiago y Adolfo siguieron al hombre que vino a Flamingo. Le vigilaron y lo mataron ayer, cuando pretendía regresar a Santa Rosa. Yo seguía a Guerrero...

—¿Por qué usted?

—Porque él no me conocía ni desconfiaría de mí en el avión. Eh Miami me reuní con Santiago y Adolfo, que me esperaban en el aeropuerto. Me dijeron que el hombre que habían seguido tenía amigos en Flamingo, pero de momento seguimos a Juan Guerrero. Teníamos orden de matarlo, porque se sospechaba su traición...

—Sobre eso sé más que usted, encanto. Bueno, pasó lo de la quinta, usted creyó que yo era de los de Guerrero, y como éste ya estaba muerto, se vino a Flamingo a liquidar a los tipos que habían sido visitados por el que vino de Santa Rosa, y a los cuales, uno de sus compinches, a los dos, tenían localizados.

—Así es, señor Simone.

—¿Y por qué me atacó en mi apartamento del *Flamingo Lodge*?

—Quería el rompecabezas.

—¿Por qué?

—Estamos convencidos de que contiene algo de vital importancia para mi país, señor Simone. Lo hemos recogido de la bañera. Si usted supiera la clave, o algo...

—Lo que yo le daré le dará risa, encanto. ¿Y Santiago?

—Usted lo hiñe y está escondido, reponiéndose. En cuanto a Adolfo.

—A su amigo Adolfo se lo cargaron, guapa. Lo tengo en el

armario.

—La culpa es mía... —musitó la muchacha—. Pasé con el coche por delante de usted para atraerlo y que Adolfo tuviese tiempo de acabar de registrar su apartamento, pero...

—Pero allá fueron otros y se lo cargaron. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Lucía Santayana.

—Y está sirviendo a su país limpiándolo de cochinos, ¿eh?

—Creo... creo que sí...

—Pues sepa que yo he hecho más que usted, encanto.

—Yo... se lo agradezco, señor Simone...

—Pues...

—Me debe el que su país no se vea explotado el día de mañana. ¡Y ha estado a punto de matarme un montón de veces!

—Oh, sólo dos...

Simone miró a sus compañeros con expresión fatalista.

—¡Sólo dos! ¿No es una criatura enternecedora?

—Bueno, Roy, deja de gruñir. Habrá que acabar este trabajo, revisar la cabaña... Quizá encontremos una radio o algo parecido...

—El muy cochino de Harrison quería meternos en un lío. Bueno, tenéis razón: habrá que continuar trabajando. Venga acá, nena, ayúdeme a ponerme en pie.

—Sí, señor...

Lucía Santayana permitió a Simone que éste le rodease los hombros con un brazo, único modo, al parecer, de que el agente del FBI se mantuviese derecho.

—Apóyese más, señor Simone, no se preocupe por mí...

—Gracias, encanto. Si no fuese por usted no podría dar ni un paso...

Pero cuando se dirigía hacia el lugar de la escabechina, o sea hacia el cuarto de baño, Roy Simone volvió la cabeza y les guiñó un ojo a sus estupefactos compañeros, que sólo entonces respiraron tranquilos, al comprender la artimaña.

ESTE ES EL FINAL

—Bueno, no se puede decir que la cosa haya ido mal —acabó el inspector Patterson—. Seis hombres y una mujer fuera de combate, dos a buen recaudo y unos cuantos que están siendo buscados. Una radio en Flamingo, en el *cottage*. Un montón de huellas y datos enviados a Washington. El aprecio del general Santayana y sus leales rebeldes. Y se ha evitado gran cantidad de muertes en la isla.

La puerta del despacho se abrió y Roy Simone entró, con el ceño fruncido, la cabeza baja.

—Hola.

—Hola —sonrió Patterson—. ¿Se fue ya la chica?

—Sí.

—Tomó ese maldito avión que los demonios se lleven. Dice que su padre y su patria la necesitan ahora. ¿No es una tontería?

—Contéstate tú mismo, Roy.

—No. No es una tontería. —Simone miró a sus compañeros—; ella es una chica valiente y admirable.

—Y bonita.

—¡Bonita! Siempre serás un bobo hablando, Floyd. ¡Bonita! ¡Es sencillamente sensacional, única, maravillosa, encantadora, deliciosa, espléndida...! ¡Maldita sea! ¿Va a durar mucho esto de Santa Rosa?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque cuando todo esté de nuevo en calma, ella volverá... a mis brazos. Bueno... Suena un poco cursi, ¿verdad?

—Un poco —sonrió cariñosamente Patterson—. Pero no creo que eso te importe demasiado, ¿verdad, Roy?

—No, señor.

—Eres un gran tipo. Duro y correoso.

—Y un buen compañero —apoyó

O'Kelly.

—Eres un tío grande —subrayó Larkin.

Simone los miró a los tres con expresión desconfiada.

—Hey. ¿Qué pasa aquí? ¿Qué cuento os traéis?

—Pues... Bueno, tu trabajo ha sido muy bueno, Roy, y... Vaya, que Floyd, Chuck y yo hemos decidido hacerte un regalo.

Simone quedó con la boca abierta.

—Demonios... Bien, muchas gracias... ¿Qué es ello?

—Déselo usted, señor —sugirió

O'Kelly.

Patterson aceptó. Sacó el paquete de detrás de su mesa y lo tendió a Simone, que lo tomó y se lo quedó mirando con curiosidad.

—Bueno, ¿qué es?

—Ábrelo.

El agente rompió el cordón, quitó el papel, destapó la caja de cartón barnizado, palideció, alzó los ojos al techo y gimió:

—¡Hombre, no...!

Patterson,

O'Kelly

y Larkin se echaron a reír de buena gana, mientras Roy Simone se preguntaba para qué demonios quería él un juego de rompecabezas...

FIN

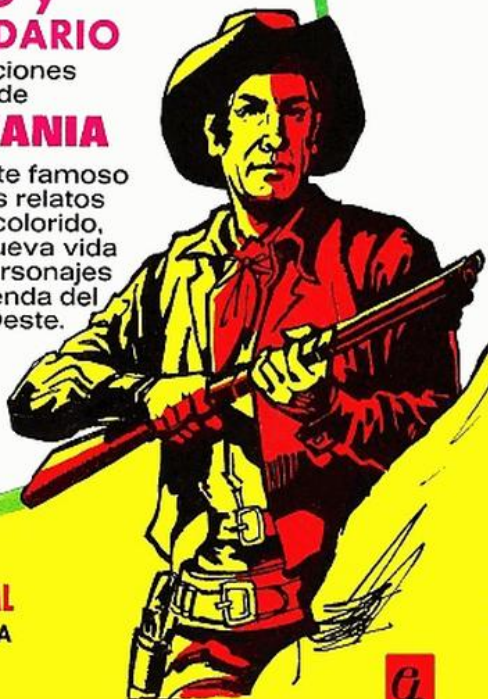
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...